

El Winters Tale 6/10

Springer

1082176

mds c1



SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

EL CUENTO DE INVIERNO
 (THE WINTER'S TALE)

DRAMATIS PERSONÆ

- | | |
|--------------------------------------|---|
| LEONTES, rey de Sicilia. | Un SIRVIENTE del anciano pastor. |
| MAMILIO, príncipe joven de Sicilia. | AUTÓLICO, pícaro. |
| CAMILO | HERMIONA, reina, esposa de Leontes. |
| ANTÍGONO | PERDITA, hija de Leontes y Hermiona. |
| CLEÓMENES (Nobles de Sicilia. | PAULINA, mujer de Antígono. |
| DIÓN | EMILIA, dama) Del séquito de |
| POLÍXENES, rey de Bohemia. | Otras DAMAS) la reina. |
| FLORISEL, hijo suyo. | DORCAS |
| ARQUÍDAMO, señor de Bohemia. | MOPSA) Pastoras. |
| Un MARINERO. | Nobles y Damas sicilianas, personas del |
| Un CARCELERO. | acompañamiento, Guardias, Sátiros, |
| Un ANCIANO PASTOR, supuesto padre de | Zagales, Zagalas, etc. |
| Perdita. | El TIEMPO, como Coro. |
| BOBO, hijo suyo. | |

ESCENA.—Unas veces en Sicilia y otras en Bohemia.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Sicilia.—Antecámara en el palacio de Leontes

Entran CAMILO y ARQUÍDAMO

ARQUÍDAMO.—Si tenéis la suerte, Camilo, de visitar a Bohemia en ocasión semejante a la que ahora exige mis servicios, veréis, como he dicho, gran diferencia entre nuestra Bohemia y vuestra Sicilia.

CAMILO.—Creo que el verano próximo el rey de Sicilia se propone pagar al de Bohemia la visita que justamente le debe.

ARQUÍDAMO.—En la que tal vez nuestra hospitalidad nos humille; pero, al menos, nuestras afecciones abogarán por nosotros; porque a la verdad...

CAMILO.—Os ruego...

ARQUÍDAMO.—Digo, realmente, lo que pienso con toda franqueza. No podemos desplegar tanta pompa..., de una manera tan rara..., no sé cómo expresarme. Os daremos brebajes narcóticos, a fin de que vuestros sentidos, ignorantes de nuestra insuficiencia, puedan, si no encomiarnos, al menos hacernos escasamente dignos de censura.

CAMILO.—Pagáis a precio por demás

excesivo lo que se os brinda espontáneamente.

ARQUÍDAMO.—Creedme, hablo a tenor de lo que me inspira mi juicio y de lo que me dicta mi lealtad.

CAMILO.—El rey de Sicilia no se mostrará nunca demasiado afectuoso con el de Bohemia. Fueron educados juntos en su infancia, y en esta época su cariño arraigó tan fuertemente, que no puede hacer sino echar ramas ahora. Desde que las dignidades de su edad más madura y las exigencias de la realeza los ha alejado al uno del otro, su comercio de amistad, aunque no hayan podido continuarlo en persona, se ha mantenido realmente por un cambio de presentes, de cartas, de embajadas amistosas, a tal punto, que parecían reunidos, aun estando ausentes; se daban las manos, por así decirlo, a través de la distancia, y se han abrazado desde los extremos de opuestos horizontes. ¡Los cielos continúan su amistad!

ARQUÍDAMO.—No creo que haya en el mundo interés o malicia que pueda alterarla. Tenéis en vuestro joven príncipe Mamilio un indecible consuelo. Es el caballero de más grandes promesas que haya llegado nunca a mi noticia.

CAMILO.—Estoy enteramente de acuerdo con vos sobre las esperanzas que hace concebir. Es un gallardo mozo; un mozo, en verdad, que vigoriza a sus súbditos y renueva los corazones viejos. Los que iban sobre muletas antes que naciesen desean vivir aún para verle hecho un hombre.

ARQUÍDAMO.—Sin esa razón, ¿se alegrarían de morir?

CAMILO.—Sí; a no ser que tuvieran otro pretexto para desear vivir.

ARQUÍDAMO.—Si el rey no tuviese hijos, desearía vivir sobre sus muletas hasta que tuviera uno. (*Salen.*)

ESCENA II

El mismo lugar.—Salón del trono en el palacio

Entran LEONTES, POLÍXENES, HERMIONA, MAMILIO, CAMILO y acompañamiento

POLÍXENES.—El pastor ha visto nueve cambios del húmedo planeta desde que dejamos nuestro trono libre de la carga de nuestra persona. Las gracias que os debemos, hermano mío, bastarían a llenar un tiempo tan largo; y no obstante, estaríamos aún obligados a partir de aquí deudores a perpetuidad; por consiguiente, como cifra ocupando de continuo un rico número, multiplicaré con un solo «Os lo agradecemos» los miles y miles de agradecimientos que la preceden.

LEONTES.—Dad de lado todavía por algún tiempo vuestras gracias y dirigídmelas cuando partáis.

POLÍXENES.—Señor, será mañana. Me pregunto con temor sobre lo que puede suceder o prepararse durante nuestra ausencia; si no podría soplar sobre nuestro reino algún viento glacial que nos hiciera decir más tarde: «¡Esto resultó demasiado cierto!» Además, he permanecido tiempo suficiente para fatigar a Vuestra Majestad.

LEONTES.—Somos más robustos, hermano, para que podáis cansarnos.

POLÍXENES.—No puedo quedarme más tiempo.

LEONTES.—Una semana todavía.

POLÍXENES.—No, en verdad; marcharé mañana.

LEONTES.—Partiremos, entonces, el tiempo que acabo de decir; y en esto no admito réplica.

POLÍXENES.—No me obliguéis así, os lo suplico. No hay lengua persuasiva; ninguna, ninguna en el mundo, que pueda vencerme tan fácilmente como la vuestra. Así sería ahora si el objeto de vuestra demanda implicase verdadera importancia para vos aunque tuviera que re-

chazarlo. Mis negocios me impulsan literalmente hacia mi reino y retenerme sería hacerme de vuestra amistad un instrumento de tortura. Mi estancia es para vos una carga y un enojo. Así, pues, para evitarnos los dos estos inconvenientes, adiós, hermano.

LEONTES.—¿Es que nuestra reina tiene la lengua atada? Hablad.

HERMIONA.—Señor, estaba decidida a guardar silencio hasta que os hubiera hecho el juramento de que no podía permanecer. Vos, señor, la instáis, demasiado fríamente. Decidle que estáis seguro de que todo marcha bien en Bohemia. El día de ayer nos trajo esta declaración satisfactoria. Decidle esto y será baido de su mejor guardia.

LEONTES.—Bien dicho, Hermiona.

HERMIONA.—Si dijera que está impaciente por ver a su hijo, nos daría una razón poderosa; que nos la dé, y le dejaremos partir; que nos jure que este es su motivo, y no permanecerá más tiempo; le arrojaremos fuera de aquí con nuestras rucas. (*A POLÍXENES.*) Me aventuro a solicitar de Vuestra Majestad la limosna de una semana todavía. Cuando recibáis a mi señor en Bohemia, le daré autorización para que permanezca un mes sobre el plazo fijado para su marcha; y, sin embargo, en realidad, Leontes, mi amor por ti no está en retardo el tic tac de un reloj de lo que una mujer debe amar a su marido. ¿Os quedaréis?

POLÍXENES.—No, señora.

HERMIONA.—Qué, ¿no queréis?

POLÍXENES.—No puedo verdaderamente.

HERMIONA.—¡Verdaderamente! Me oponéis negativas poco recias; pero, aun cuando me opusierais juramentos para hacer salir a los astros de sus órbitas, os respondería aún: Señor, no partáis. Verdaderamente, no marcharéis; el verdaderamente de una dama es tan poderoso como el de un señor. ¿Queréis todavía partir? En ese caso, obligadme a guardaros como prisionero, no como huésped; de esta manera pagaréis vuestros gastos cuando os marchéis y podréis ahorrar vuestras gracias. ¿Qué contestáis? ¿Queréis ser mi prisionero, o mi huésped? Pues, por vuestro terrible «verdaderamente», es preciso que seáis uno u otro.

POLÍXENES.—Vuestro huésped, entonces, señora. Ser vuestro prisionero implicaría una ofensa, que no sería menos fácil de cometer que a vos de castigar.

HERMIONA.—No seré, pues, vuestra carcelera, sino vuestra amable hospedadora. Venid, quiero interrogaros sobre las travesuras que vos y mi señor habéis cometido cuando erais muchachos. Seríais entonces unos gentiles señoritos.

POLÍXENES.—Eramos, bella reina, dos mozalbetes que no se imaginaban que hubiera otra cosa en el mundo sino un «mañana» semejante al «hoy», y que creían ser eternamente mozos.

HERMIONA.—¿No era mi señor el más perfecto holgazán de los dos?

POLÍXENES.—Eramos como dos corderos gemelos que triscan al sol y balan el uno al otro. Cambiábamos inocencia contra inocencia; no conocíamos el arte de hacer mal, ni soñábamos con que alguien lo conociera. De haber continuado esta vida y a no estar nuestras débiles almas educadas más alto, excitadas por una sangre más impetuosa, hubiéramos podido comparecer osadamente ante el Cielo y decir: «Sin culpa», dando de lado el pecado original.

HERMIONA.—Lo que nos hace sospechar que habéis tropezado después.

POLÍXENES.—¡Oh mi muy respetable señora! ¡Las tentaciones nacieron desde entonces para nosotros! Pues en estos días en que aún estábamos sin pluma, mi esposa era una niña, y vuestra linda persona no había cruzado a la sazón los ojos con mi joven compañero de juegos.

HERMIONA.—¡La gracia del Cielo nos proteja! (1). No extraigáis la conclusión

(1) *Grace to boot*, en el texto. Según Onions (y es acertado su parecer), *to boot* quiere decir en este caso *to our help*. *Grace* tiene el sentido de *the source of grace*, esto es, de Dios.

de vuestras palabras. Temo vengáis a decir que vuestra reina y yo somos diablos. Pero continuad. Responderemos de las alturas que os hemos hecho cometer si con nosotras con quienes habéis comenzado a pecar y si continuáis sin tropezar con nadie sino con nosotras.

LEONTES.—¿Está ya vencido?

HERMIONA.—Se quedará, mi señor.

LEONTES.—No quería hacerlo a petición vuestra. Mi queridísima Hermiona, jamás habéis hablado con mejor sentido.

HERMIONA.—¿Jamás?

LEONTES.—Jamás, salvo una vez.

HERMIONA.—¿Cómo! ¿He hablado bien a veces? ¿Cuándo fue la primera? Dílo, por favor. Hártame de elogios, endámame como los animales que se doctican. Una buena acción que muere que se la haya celebrado, entraña ella la muerte de otras mil que estaban que fuese conocida. Nuestros elogios son nuestras soldadas. Con un beso podéis recorrer mil estadios es que la espuela pueda hacernos de un acre. Pero volvamos a nuestro to de partida. ¿Mi última buena acción ha sido rogarle que se quedara? ¿Cuál fue la primera? Tiene una hermana, ¿o no os entiendo? ¡Oh, si su nombre fuera gracia! De modo que he hablado una vez con buen sentido. ¿Cuándo? ¡Dímelo, hacédmelo saber. Ardo en ansiedad.

LEONTES.—Vaya, fue cuando tuve que escribir a que tres meses llenos de angustia consumieran en una impaciencia moribunda antes que consintiese en abrir tu ca mano y colocarla en la mía cerrando amor. Entonces dejaste escapar estas palabras: «Soy vuestra para siempre.»

HERMIONA.—El nombre de esta acción es gracia, en verdad. Muy bien; ya veis, hablado dos veces a propósito. La primera era para ganar eternamente un real por el tiempo un amigo. (Tiende la mano.)

LEONTES.—(Aparte.) ¡Demasiado ardor! ¡Demasiado ardor! Llevar la amistad tan

lejos es como mezclar las sangres. Siento en mí un *tremor cordis*; mi corazón danza, pero no de alegría. Esta acogida puede, en efecto, mostrarse a cara descubierta; puede tomar su libertad de la cordialidad, de la generosidad, de la riqueza del corazón y hacer honor a quien la manifiesta; puede, convengo en ello; pero estrecharle las palmas y pellizcarse los dedos como hacen ahora, dirigirse sonrisas de inteligencia como en un espejo, y luego suspirar como si asistieran a la muerte del gamo, ¡oh, ese es un género de acogida que no agrada a mi corazón ni a mi frente! (Alto.) Mamilio, ¿eres tú mi mozuelo?

MAMILIO.—Sí, mi buen señor.

LEONTES.—¿Seguro? ¡Pardiez!, he aquí mi guapetón. ¿Cómo! ¿Te has manchado con tizne la nariz? Dicen que es copia de la mía. Vamos, capitán (1), debemos ser limpios; y no solo limpios, sino aseados, capitán; y, sin embargo, el becerro, la novilla y el ternero se llaman todos vacunos (2). ¡Continúa tocando el virginal (3) sobre su mano! ¡Hola, ternero retozón! ¿Eres tú mi ternero?

MAMILIO.—Sí, si os place, mi señor.

LEONTES.—Te falta una cabeza dura y los tallos que brotan sobre la mía para que te parecieras enteramente a mí. No obstante, se dice que nos semejamos como dos huevos; son las mujeres quienes lo dicen; las mujeres, que dicen cualquier cosa; pero fueran falsas como las telas teñidas de negro (4), como el viento, como las aguas; falsas como los dados

(1) *Captain*. La palabra "capitán" es aquí un término de ternura, que Leontes aplica a su hijo. Hállase con la misma acepción en *Timón de Atenas*.

(2) Shakespeare juega con los distintos significados de la voz *neat* (pulido, limpio, ganado vacuno, animal de cuernos), haciendo la frase imposible de verter, pero de fácil inteligencia considerada la condición de marido engañado que se imaginaba Leontes.

(3) *Virginalling*. El virginal o espineta, especie de clavicordio, instrumento precursor del piano.

(4) *As o'esdyed*. Alusión a la treta de los mercaderes de teñir de negro las telas cuando se pasaban o perdían el color.

que desea el hombre que no establece diferencia entre lo tuyo y lo mío, no sería menos exacto decir que este niño se me parece. Entonces, señor paje, miradme con vuestros ojos color de cielo. ¡Villano encantador! ¡Mi queridísimo! ¡Riquín! ¿Puede tu madre...? ¿Es posible?... ¡Imaginación!... ¡Tu designio hiere en el centro! Haces posibles las cosas que no son tenidas por tales. Te comunicas con los sueños... ¿Cómo puede ser?... Obras de concierto con lo irreal, y te asocias a la nada. Luego es muy creíble que puedas juntamente con algo. Y eso es lo que haces, y en una medida que rebasa lo permitido, y yo lo hallo en el envenenamiento de mis pensamientos y en el endurecimiento de mi frente.

POLIXENES.—¿Qué tiene el rey de Sicilia?

HERMIONA.—Parece un poco fuera de juicio.

POLIXENES.—¡Hola, mi señor! ¿Cómo os va? ¿Qué pasa, excelente hermano?

HERMIONA.—Dijérase, a juzgar por vuestra fisonomía, que os halláis embargado por alguna gran preocupación. ¿Estáis inquieto, mi señor?

LEONTES.—No, no de todas veras. (Aparte.) ¡Cómo traiciona a veces la Naturaleza a su locura, a su sensibilidad, y se convierte en pasatiempo de los corazones endurecidos! Contemplando las líneas del rostro de mi pequeño, parecíame retroceder veintitrés años; me veía sin calzones, en mi cota de terciopelo verde, mi daga abozalada, por temor de que no mordiese a su dueño y se convirtiese para él, como sucede frecuentemente con las cosas de adorno, en demasiado peligrosa. ¡Qué parecido era entonces, pensaba yo, a esta pepita de hombre, a esta vaina, a este hidalguelo!—Mi honrado amigo, ¿aceptaríais huevos en lugar de dinero?

MAMILIO.—No, señor, me batiría.

LEONTES.—¡Os batiríais! Bien; que la felicidad sea dádiva... Hermano, ¿estáis tan prendado de vuestro joven príncipe como nosotros parecemos estarlo del nuestro?

POLIXENES.—Señor, cuando me encuentro en el hogar, es toda mi ocupación, toda mi alegría, todos mis negocios; tan pronto es mi amigo jurado como mi enemigo; es mi parásito, mi soldado, mi hombre de estado, todo. Me hace un día de julio tan corto como uno de diciembre, y con su infantilidad llena de imitaciones me cura de aquellos pensamientos que espesarían mi sangre.

LEONTES.—Este escudero hace los mismos oficios conmigo. Mi señor, vamos a pasearnos él y yo juntos, y a dejaros a vuestras más graves pisadas. Hermiona, muestra cuánto nos amas en tu hospitalidad a nuestro hermano. Que todo lo que hay de más caro en Sicilia se prodigue como cosa sin valor. Después de ti y de mi joven corretón, es el ser más cercano a mi corazón.

HERMIONA.—Si queréis reuniros con nosotros, nos hallaréis en el jardín. ¿Os aguardamos en él?

LEONTES.—Disponed de vuestras propias inclinaciones. Os hallaré, visto que muráis debajo del cielo. (Aparte.) Estoy ahora de pesca de anzuelo, aunque no advertís cómo arrojé el sedal. ¡Id, id! ¡Cómo inclina hacia él su pico! ¡Cómo inclina su hocico hacia él! ¡Cómo toma con él todas las atrevidas familiaridades de una mujer para con su legítimo esposo!... (Salen POLIXENES, HERMIONA y acompañamiento.) ¡Se han ido!... ¡En el cenagal, hasta las rodillas! ¡Cornudo por encima de la cabeza y de las orejas!... Anda, juega, muchacho, juega. Tu madre juega, y yo juego también; pero un papel tan vil, que el desenlace me conducirá a fuerza de silbidos a la tumba. Risotada y gritos serán mi campana fúnebre. Anda, niño, juega... O mucho me equivoco, o hubo cabrones antes de ahora; y queda más de uno en el presente momento; sí, en el momento mismo en que hablo existe más de un hombre que tiene su mujer bajo el brazo, y que apenas duda de que en su ausencia, en su estanque, de que ella ha abierto la compuerta, ha pescado su vecino próxi-

mo, su vecino el señor Risueño. ¡Pardiez!, es un consuelo soñar que los demás hombres tienen también puertas, y que estas puertas han sido abiertas como las mías, contra su voluntad. Si todos cuantos han tenido mujeres perjuras se hubieran de desesperar, la décima parte del género humano tendría que ahorcarse. No hay remedio alguno; es la influencia de un astro alcahuete que hiere allí donde predomina; y creedlo, es poderoso al Este, al Oeste, al Norte y al Sur. Concluyamos, no hay barricada para una barriga; creedlo, dejará entrar y salir al enemigo con armas y bagajes. Millares de nosotros tienen la enfermedad y no lo sienten. ¿Qué hay muchacho?

MAMILIO.—Que dicen que me parezco a vos.

LEONTES.—Sí, es un consuelo hasta cierto punto... ¡Cómo! ¿Camilo está aquí?

CAMILO.—Sí, mi buen señor.

LEONTES.—Anda a jugar, Mamilio; eres un honrado hombrecito. (Sale MAMILIO.) Camilo, ese gran monarca se va a quedar todavía algún tiempo.

CAMILO.—Habéis hecho mal en obligarle a hundir su ancla. Cada vez que la arrojabais no quería engancharse.

LEONTES.—¿Lo has advertido?

CAMILO.—No quería permanecer, atendiendo vuestras solicitudes. Cuanto más le insistíais, eran más urgentes sus negocios.

LEONTES.—¿Lo notaste? (Aparte.) He aquí que van dando ya en flor... Se cuchichea, se murmura: el rey de Sicilia es un... *etcætera*. Hace ya mucho de la cosa, y soy el último en enterarme. ¿Cómo ha podido ser que se quede, Camilo?

CAMILO.—Cediendo a las instancias de la buena reina.

LEONTES.—De la reina, pase; en cuanto a «buena», sería la palabra conveniente; pero el estado de las cosas, no lo es. ¿Ha podido haber esto en otra cabeza pensante sino en la tuya? Pues tu inteligencia posee el don de la penetración y se asimila más cosas que las cabezas de tronco del vulgo. ¿No se notó

sino por los espíritus mejor dotados, no es eso? ¿Por algunos hombres de inteligencia privilegiada? ¿No han advertido quizá este asunto los subalternos? Dime.

CAMILO.—¡«Este asunto», mi señor! Supongo que la mayor parte entiende que el rey de Bohemia prolonga aquí su estancia por algún tiempo.

LEONTES.—¿Eh?

CAMILO.—Que prolonga aquí su estancia por algún tiempo.

LEONTES.—Sí, pero ¿por qué?

CAMILO.—Por obedecer a Vuestra Alteza y a los ruegos de nuestra muy graciosa soberana.

LEONTES.—¡«Obedecer» a las órdenes de vuestra soberana! «¡Obedecer!» Basta. Camilo, te he dado acceso con toda confianza a lo más secreto de mi corazón, así como a la cámara de mi Consejo. Visitabas mi alma como un sacerdote, y yo me separaba de ti como tu penitente reformado; pero me he engañado sobre tu integridad, engañado sobre la que te atribuía.

CAMILO.—¡No lo permita el Cielo, mi señor!

LEONTES.—Para decirte lo que pienso, no eres honrado; o si tienes inclinación a serlo, eres un cobarde que desjarreta a la honestidad por la espalda, para impedir que siga el camino que debe recorrer; o si no, es preciso que te mire como un servidor investido de mi más seria confianza, y que conduce con negligencia; o como un imbécil, que ve jugar en su domicilio una partida cuya rica puesta se escamotea a sus ojos, y toma todo por una chanza.

CAMILO.—Mi gracioso señor: puedo ser negligente, imbécil o tímido; ningún hombre se halla tan exento de esos defectos que su negligencia, su imbecilidad o su timidez no se manifestasen alguna vez entre las infinitas acciones del mundo. Si he sido, nunca a sabiendas, negligente en vuestros asuntos, mi señor, la falta reside en mi imbecilidad; si he representado el papel de imbécil por exceso de perspicacia, achacadlo a mi negligencia,

cia, que no ha pesado bien las consecuencias de mis actos; si alguna vez he sido tímido en cumplir una cosa cuyo resultado me pareciera dudoso, cuando la ejecución de ella proclamaba más tarde que hubiera sido lamentable no haberse cumplido, imputadlo a un temor que paraliza a los más sensatos. Defectos son estos, señor, que pertenecen al número de esos achaques naturales de que la honradez nunca está libre. Pero suplico a Vuestra Gracia seáis explícito conmigo; hacedme saber el verdadero semblante de mi transgresión. Si rehúso entonces reconocerla, es que no me pertenece.

LEONTES.—¿No habéis visto, Camilo..., pero lo habéis visto, está fuera de duda, o la retina de vuestros ojos es más espesa que el cuerpo de un cornudo; no habéis oído, y lo habéis oído, pues ante semejante evidencia el rumor no puede quedar mudo; no habéis pensado..., y lo habéis pensado, pues la facultad de reflexionar no reside en un hombre que no piensa, que mi mujer ha tenido un tropiezo? (1). Si consientes en confesarlo, o, de lo contrario, no te queda más que negar descaradamente que no tienes ni ojos, ni oídos, ni pensamiento, di, entonces, que mi mujer es una libertina (2) que merece un hombre tan grosero como el de la última hilandera de lino que se entrega antes de su verdadero matrimonio. Di esto y pruébalo.

CAMILO.—No toleraría yo asistir a una conversación donde oyera calumniar así a mi real dama sin tomar venganza inmediatamente. ¡Maldito sea mi corazón si habéis pronunciado jamás palabras que os convengan menos que esas! Repetirlas sería un pecado tan grande como el de que la acusaseis, si fuera cierto.

LEONTES.—¿Los cuchicheos no son nada? ¿Las mejillas inclinadas una contra la otra no son nada? ¿No son nada narices que se encuentran y labios que se

besan por dentro? ¿Nada es interrumpir el curso de la risa con un suspiro, indicación infalible de haber sucumbido la honradez, pasearse a caballo, pie junto a pie, acurrucarse a escondidas en los rincones, desear que los relojes fueran más rápidos, las horas minutos, el mediodía la medianoche, y que todos los ojos cegasen con la gota serena y la catarata, menos los suyos, los suyos solo, a fin de poder ser criminales sin que se los viera? ¿Esto no es nada? ¡Bien! Entonces el mundo y todo cuanto encierra no es nada. El cielo que nos cobija no es nada, el rey de Bohemia no es nada, mi mujer no es nada, ni nada son éstos nada si lo que he dicho no es nada.

CAMILO.—Mi buen señor, curaos de esa opinión enfermiza, y pronto, porque es muy peligrosa.

LEONTES.—Confiesa que es cierto, di que esto es verdad.

CAMILO.—No, no, mi señor.

LEONTES.—Sí lo es; mentís, mentís. Digo que mientes, Camilo, y te aborrezco. Reconóctete por un grosero patán, un siervo estúpido, o un contemporizador, que trata de mantener la balanza en equilibrio, y viendo con sus ojos a la vez el bien y el mal se inclina hacia ambos. Si el hígado de mi mujer estuviera tan emponzoñado como su vida, no viviría el tiempo que tarda en caer un grano en el reloj de arena.

CAMILO.—¿Quién la emponzoña?

LEONTES.—¡Pardiez!, el que la lleva como su medallón, colgada a su cuello, el rey de Bohemia. Si tuviera alrededor de mí servidores de ojos tan fieles para velar por mi honor como para atender a sus beneficios, a sus ganancias particulares, hallarían medio de impedir que las cosas fueran más lejos; sí, y tú, que eres su copero; tú, a quien he hecho ascender de la condición más humilde al sitio que ocupas y a quien he elevado en dignidad; tú, que puedes ver tan claramente como el cielo de la tierra y la tierra del cielo, cómo soy ultrajado..., podrías especiar una copa, que daría a mi enemigo

(1) *Is slippery?* ¿Es lúbrica? ¿Es resbaladiza? Castellanizamos la expresión.

(2) *Hobby-horse*; literalmente, un caballo de palo.

un cierre de ojos sempiterno, cuya posición sería para mí cordial.

CAMILO.—Señor y soberano mío, podría hacerlo, y no con una porción fuerte, sino mediante una droga lenta que obra sin dejar rastros reveladores como el veneno; pero no puedo creer en esta hendidura en la virtud de mi temida señora, tan soberanamente honorable. Te he amado...

LEONTES.—¡Duda lo que quieras y ve a pudrirte! ¿Me supones tan idiota, tan desequilibrado, que yo mismo me crea esta vejación? ¿Mancillara la blanca de mis sábanas, que, conservadas intactas, son sueño y seguridad, y, manchadas, solo son pinchos, espinas, ortigas y aguijones de avispa, para arrojar sospechas escandalosas sobre el nacimiento del príncipe mi hijo, que creo mío y a quien, como mío, amo, sin pensar maduramente mis motivos? ¿Haría esto sin razón? ¿Es que podría un hombre desbaratar hasta ese punto?

CAMILO.—Debo creerlo, señor; os creo, y me comprometo a hacer desaparecer al rey de Bohemia, a condición de que cuando quede eliminado, Vuestra Alteza vuelva a tomar a su reina como antes, aunque solo sea por consideración a vuestro hijo y para atajar la injuria de las lenguas en las cortes y reinos que os conocen y son vuestros vasallos.

LEONTES.—Lo que me aconsejas concuerda exactamente con mis propias resoluciones. No quiero arrojar ninguna tacha sobre su honor, ninguna.

CAMILO.—Mi señor, id, entonces, y guarda ante el rey de Bohemia y vuestra esposa una fisonomía tan sonriente como pueda la amistad llevarla en medio de las fiestas. Su copero soy; si recibe de mis manos un brebaje salutífero, no me tengáis por vuestro servidor.

LEONTES.—Eso es todo. Haz lo que dices, y te pertenece la mitad de mi corazón. No lo hagas, y has partido el tuyo.

CAMILO.—Lo haré, mi señor.

LEONTES.—Pareceré amigable, como me has aconsejado, (Sale.)

CAMILO.—¡Oh infeliz señora! Pero en cuanto a mí; ¿en qué situación me encuentro? He de ser el envenenador del buen Políxenes; y el motivo que a ello me obliga es la obediencia que debo a mi amo, un hombre en rebelión consigo propio y que quiere que todos los que le pertenecen se hallen igualmente en rebelión consigo mismo. A la ejecución de este acto sigue el acrecentamiento de mi fortuna. No lo cometería aun cuando descubriera mil ejemplos de gentes que han atentado contra reyes ungidos y prosperado después. Pero puesto que ni el bronce ni la piedra ni los pergaminos presentan ejemplo semejante, que la villanía misma renuncie a ello. Tengo que abandonar la Corte; pues llevar o no a cabo esta acción es para mí, ciertamente, un despeñadero. ¡Que una estrella propicia reine ahora sobre nosotros! He aquí venir al rey de Bohemia.

Vuelve a entrar POLÍXENES

POLÍXENES.—Es extraño. Diríase que mi favor aquí comienza a declinar. ¡No hablarle! Buenos días, Camilo.

CAMILO.—¡Salud, mi real señor!

POLÍXENES.—¿Qué noticias hay en la Corte?

CAMILO.—Nada extraordinario, señor.

POLÍXENES.—El rey tiene un aspecto como si hubiese perdido alguna provincia, alguna región, que amara tanto como a sí. Ahora mismo acabo de encontrarle, y le abordaba con el cumplimiento de costumbre, cuando volviendo los ojos al lado opuesto, y haciendo un movimiento de desdén con los labios, se alejó de mí a toda prisa, y me dejó así, preguntándome qué podría motivar el haber cambiado de tal modo sus maneras.

CAMILO.—No me atrevo a saberlo, mi señor.

POLÍXENES.—¡Cómo! ¿Que no os atrevéis? ¿Que no? ¿Es a mí a quien no os atrevéis a revelar lo que sabéis? Eso debe de ser; porque, en cuanto a vos,

béis lo que sabéis, y no podéis deciros a vos mismo que no os atrevéis a saberlo. Buen Camilo, vuestras facciones alteradas son para mí un espejo, que me muestra que las mías están alteradas también, y debo de ser parte en esta mudanza, pues, contemplándola, distingo mi alteración propia.

CAMILO.—Hay una enfermedad que pone en destemplanza a alguno de nosotros; pero no puedo nombrar la dolencia; y es de vos de quien la ha cogido, de vos, que, sin embargo, os halláis bien.

POLÍXENES.—¡Cómo! ¿Cogida de mí? No me atribuyas los ojos del basilisco. He mirado a millares de personas, que se sintieron mejor por mis miradas; pero ninguna murió de ellas. Camilo... por el nacimiento que os hace, ciertamente, caballero, por ese saber y esa experiencia que no adorna menos nuestra condición que los nobles nombres de nuestros padres, cuyas hazañas nos han hecho caballeros, os conjuro a que, si sabéis alguna cosa de que me importe estar informado, no la aprisionéis en ignorado escondrijo.

CAMILO.—No puedo contestar.

POLÍXENES.—Una enfermedad que se ha cogido de mi persona, y, sin embargo, yo me encuentro bien. Debo tener una respuesta. Oyeme, Camilo. Te conjuro por todas las virtudes humanas que el honor reconoce, y no es la menor de ellas la que me hace dirigirte esta supplica, que me declares qué acaecimiento hostil a mi persona conjeturas que va arrastrándose hacia mí; si está lejano; si se halla próximo; qué camino ha de seguirse para evitarlo; si puede evitarse, y si no, el medio de soportarlo de la mejor manera.

CAMILO.—Señor, voy a declarároslo, ya que he sido invitado a ello en nombre del honor y por quien creo honorable. Tomad, pues, nota de mi consejo, que haréis bien en seguir casi tan rápidamente como voy a dároslo; o, si no vos y yo habremos de exclamar: «Estamos perdidos», y después, ¡buenas noches!

POLÍXENES.—Prosigue, buen Camilo.

CAMILO.—Estoy encargado de mataros.

POLÍXENES.—¿Por quién, Camilo?

CAMILO.—Por el rey.

POLÍXENES.—¿Por qué?

CAMILO.—Piensa, mejor dicho, jura con absoluta confianza, como si lo hubiera visto o hubiera servido de instrumento para fijaros a ello, que habéis mancillado criminalmente a su esposa.

POLÍXENES.—¡Oh, si es así, que mi sangre más pura se transforme en gelatina infecta, y mi nombre se ayunte con el del hombre que hizo traición al Justo! ¡Que el perfume de mi reputación se cambie, entonces, en un hedor capaz de ofender las ventanas de la nariz más insensible a que me acerque! ¡Que mi presencia se evite, mejor, se odie más aún que la mayor peste de que hayan hablado la Historia y la tradición!

CAMILO.—Así juréis, negando su opinión, por cada estrella particular del firmamento y por todas sus influencias, tan fácil os será impedir a la mar que obedezca a la luna como destruir con vuestros juramentos o conmovier con vuestras explicaciones la fábrica de su locura, levantada sobre su fe y que durará lo que la permanencia de su cuerpo.

POLÍXENES.—Pero ¿cómo ha surgido esto?

CAMILO.—No lo sé; pero estoy seguro de que es más prudente evitar el mal que ha surgido, que averiguar cómo se ha engendrado. Por consiguiente si osáis confiaros a mi probidad, alojada en este cuerpo, que llevaréis consigo en rehenes, ¡en camino desde esta noche! Informaré discretamente del asunto a las personas de vuestro séquito, y les haré despejar la ciudad de dos en dos, y de tres en tres por distintas poternas. En cuanto a mí, pongo a vuestro servicio mi fortuna, perdida aquí por esta revelación. No vaciléis; pues, por el honor de mis deudos, he dicho la verdad. Si buscáis pruebas, no me atrevo a facilitaros su rebusca; ni vos tendréis más seguridad que la de un hombre condenado por la propia boca

del rey y cuya ejecución ha sido jurada.
POLIXENES.—Te creo. He visto tu corazón en tu semblante. Dame tu mano, sírveme de piloto, y tu sitio estará siempre cerca de mi persona. Mis naves se hallan dispuestas, y mis gentes esperaban que hubiese partido de aquí hace dos días. Estos celos son por una criatura preciosa; ahora, deben ser tanto más grandes cuando ella es más rara; y tanto más violentos cuanto él es más poderoso. Y como se imagina que está deshonrado por un hombre que le hizo siempre profesión de amistad, su ven-

ganza será, por ello mismo, más acerba. El temor me circuye con sus sombras. ¡Buena fuga, sé mi amiga, y un auxilio para la reina bondadosa, y complicada en su antojo, pero que no merece en nada sus mal fundadas sospechas! Vamos, Camilo; te esperaré como a un padre si puedes sacar de aquí mi vida. Alejémonos.

CAMILO.—Mi autoridad me da poder para disponer de las llaves de todas las poternas. Plazca a Vuestra Alteza aprovechar estos momentos que nos urgen. ¡Vamos, señor, partamos! (Salen.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Sicilia.—Aposento en el palacio real

Entran HERMIONA, MAMILIO y las Damas de la Reina

HERMIONA.—Tomad con vosotras al niño. Me fatiga tanto, que no puedo tenerlo.

DAMA 1.ª—Venid aquí, mi amable señor. ¿Me queréis por camarada de juegos?

MAMILIO.—No, no quiero nada de vos.

DAMA 1.ª—¿Por qué, mi simpático señor?

MAMILIO.—Me besaríais demasiado y me hablaríais como si fuera siempre un niño de pecho. Os quiero más a vos.

DAMA 2.ª—¿Y por qué así, mi señor?

MAMILIO.—No es porque vuestras cejas sean más negras que las tuyas. Sin embargo, dicen que las cejas negras son las que mejor les caen a las mujeres, con tal que no sean excesivamente vellosas y formen un semicírculo o una media luna trazada con una pluma.

DAMA 2.ª—¿Quién os ha enseñado eso?

MAMILIO.—Lo he aprendido de las ca-

ras de las mujeres. Decidme ahora por favor, ¿de qué color son vuestras cejas?

DAMA 2.ª—Azules, mi señor.

MAMILIO.—No, eso es una broma. He visto a una dama que tenía la nariz azul; pero sus cejas azules, nunca.

DAMA 1.ª—Oídmeme. La reina, vuestra madre, se redondea a toda prisa. Uno de estos días presentaremos nuestros respetos a un nuevo y delicado príncipe; y entonces os agrada jugar con nosotras, si nosotras queremos.

DAMA 2.ª—En efecto; en estos últimos tiempos ha adquirido un volumen considerable. ¡Ojalá tenga un buen parto!

HERMIONA.—¿Qué preocupación grave os inquieta? Venid, señor; me tenéis ahora dispuesta nuevamente; sentaos cerca de nosotras, por favor, y contadnos un cuento.

MAMILIO.—¿Cómo lo queréis, alegre o triste?

HERMIONA.—Tan alegre como queráis.

MAMILIO.—Un cuento triste es mejor para el invierno. Sé de uno de duendes y aparecidos.

HERMIONA.—Contádnoslo, mi buen Mamilio. Venid aquí y sentaos; venid aquí y haced todo lo posible por espantarme

con vuestras apariciones. Os dais buena maña para ello.

MAMILIO.—Erase un hombre...

HERMIONA.—Vamos, venid y sentaos; continuad ahora.

MAMILIO.—...que habitaba cerca de un cementerio. Voy a recitároslo bajito. Los grillos de allá abajo no lo oirán.

HERMIONA.—Avanzad, entonces, y decidmelo al oído.

Entran LEONTES, ANTÍGONO, Señores y otros

LEONTES.—¿Se le encontró allí? ¿Y con su séquito? ¿Y Camilo con él?

SEÑOR 1.º—Los encontré detrás del bosquecillo de pinos. Nunca vi a hombres emprender su ruta con tanto apresuramiento. Los seguí con la vista hasta sus naves.

LEONTES.—¿Cómo estaba en lo cierto con mis justas conjeturas, con mis fundadas sospechas! ¡Ay! ¡Hubiera querido saber menos! ¡Qué maldición adivinar tan bien! Una araña puede caer y ahogarse en el fondo de una copa y un buen hombre beberla, abandonarla, y, sin embargo, no participar del veneno, pues su imaginación no está infectada; pero si se presenta a sus ojos el horrible ingrediente, si se le muestra lo que ha bebido, rompe su garganta y sus costados con violentos esfuerzos. ¡Yo he bebido y he visto la araña! Camilo era en este asunto su cómplice, su alcahuete; hay un complot contra mi vida, contra mi corona. Todo lo que sospechaba era cierto; este hipócrita malvado que yo empleaba, era empleado ya por él; le ha revelado mis designios; y heme aquí hecho un ser ateneado, sí, un verdadero juguete, de quien ellos pueden divertirse a voluntad. ¿Cómo fue que se les abrieron tan fácilmente las poternas?

SEÑOR 1.º—Por la gran autoridad de Camilo, que le había dado ya poder para hacerlas abrir como hoy, en virtud de vuestras órdenes.

LEONTES.—Demasiado lo sé. (A HERMIONA.) Dadme el niño. Me alegro de que no

le hayáis amamantado. Aunque lleva algunos rasgos míos, sin embargo, le habéis comunicado mucha de vuestra sangre.

HERMIONA.—¿Qué significa esto? ¿Es una broma?

LEONTES.—Llevaos de aquí el niño. No permanecerá al lado de ella. ¡Partid con él! (Sale MAMILIO con algunas personas del séquito.) Y que juegue con el niño de que está embarazada, pues es Polixenes el que la ha hecho inflarse así.

HERMIONA.—No tendría que decir más que no, y estoy segura de que me creeríais bajo mi palabra, por inclinado que estuvierais a la contradicción.

LEONTES.—Señores, miradla vosotros; fijaos bien en ella. Comenzad por decir tan solo: «Es una hermosa dama», y la justicia de vuestros corazones os obligará inmediatamente a añadir: «¡Lástima que no sea honrada, honorable!» Alabarla únicamente por su belleza exterior, que, a fe mía, merece grandes elogios, y acto seguido he aquí que los encogimientos de hombros, esos «¡hum!», esos «¡ah!», todas las pequeñas manchas de que hace uso la calumnia... ¡Oh, me equivoco! Es la indulgencia la que las emplea, pues la calumnia marcará el fuego a la misma virtud...; esos encogimientos de hombros, esos «¡hum!», esos «¡ah!», cuando hayáis dicho: «Es hermosa», no esperarán a que digáis: «Es honrada.» Pues sabed de que quien tiene más razones para deplorarlo que eres una adúltera.

HERMIONA.—Si un villano hablara así, aunque fuera el villano más execrable del mundo, lo sería más todavía. Vos, señor, no hacéis sino equivocaros.

LEONTES.—Habéis confundido, señora mía, a Polixenes con Leontes. ¡Oh, tú, cosa...! Pero no te daré el nombre que conviene a una criatura de tu condición, no sea que la grosería, autorizándose con mi ejemplo, aplique parecido lenguaje a todos los linajes y olvide las diferencias que la urbanidad debe establecer entre un príncipe y un mendigo. He dicho que es una adúltera, he dicho

con quién lo es; más: una traidora, y Camilo, uno de sus cómplices, uno de los que saben lo que ella debía sonrojarse de saber, aunque su vil cómplice lo supiera con ella; es decir, que es una profanadora de su lecho, al igual de aquellas a quien el vulgo aplica los epítetos más enérgicos; sí, y, además, está en el secreto de su reciente fuga.

HERMIONA.—¡No, por mi vida! No estoy en el secreto de nada semejante. ¡Cómo os apenará, cuando veáis más claro, el haberme ofendido así! Mi amable señor, apenas podréis entonces hacerme reparación al confesar que os engañasteis.

LEONTES.—¡No! Si me equivoco, dados los fundamentos en que apoyo mi acusación, entonces el centro de la tierra no es lo bastante sólido para sostener la peonza de un escolar. ¡Que se la conduzca a la prisión! ¡Quien hable en favor de ella es culpable indirectamente! ¡Solo por el hecho de que hable!

HERMIONA.—Algún planeta aciago predomina. Debo resignarme hasta que el cielo tenga un aspecto más favorable. Mis buenos señores, no soy inclinada al llanto, como ordinariamente las personas de nuestro sexo, y tal vez la ausencia de este vano rocío secará vuestra piedad; pero tengo aquí, alojada en mi corazón, esa desesperación del honor que abrasa con su fuego demasiado intenso para que las lágrimas puedan extinguirlo. Os ruego a todos, señores, que me juzguéis con los mejores pensamientos que os inspire la caridad, y ahora, ¡cúmplase la voluntad del rey!

LEONTES.—(A los Guardias.) ¿Me habéis oído?

HERMIONA.—¿Quién me acompaña? Suplico a Vuestra Alteza que vengán conmigo mis damas, pues, vos lo sabéis, lo requiere mi estado.—No lloréis, ton-tuelas; esas lágrimas no tienen razón de ser. Cuando sepáis que vuestra señora ha merecido la prisión, abundad entonces en lágrimas a mi partida; el trato que ahora sufro es para mi mayor ho-

nor.—Adiós, mi señor; jamás deseé ver vuestro pesar; ahora tengo la certidumbre de que lo veré.—Vamos, mis damas; tenéis permiso.

LEONTES.—¡Id, ejecutad mis órdenes! ¡Fuera de aquí! (Sale la Reina, custodiada, con sus Damas.)

SEÑOR 1.º—Suplico a Vuestra Alteza que vuelva a llamar a la reina.

ANTÍGONO.—Estad seguro de lo que hacéis, señor, no sea que vuestra justicia pase por violencia, y haga tres grandes víctimas: vos mismo, la reina y vuestro hijo.

SEÑOR 1.º—Por ella, mi señor, hubiera empeñado mi vida; y la empeño, si os place aceptarla, señor, de que la reina está sin mancha a los ojos del Cielo y ante vos; quiero decir de aquello de que la acusáis.

ANTÍGONO.—Si se prueba lo contrario, estableceré mis caballerizas donde aloje a mi mujer; iré siempre acoplado con ella; no me fiaré de la misma sino cuando la vea y la toque, pues si la reina es infiel, no hay una pulgada de carne de mujer en el mundo, sí, ni una onza de carne femenina que no sea falsa.

LEONTES.—Guardad silencio uno y otro.

SEÑOR 1.º—Mi buen señor...

ANTÍGONO.—Por vos es por quien hablamos, no por nosotros. Os habéis dejado engañar por algún intrigante, que se condenará por ello; si conociera al malvado le haría un infierno la tierra (1). Si hay una brecha en el honor de la reina..., tres hijas tengo, la mayor de once años, la segunda de nueve y la tercera de alrededor de cinco; si el hecho es verdad, ellas me lo pagarán. Por mi honor, que las castraré a todas; no verán la edad de catorce años para producir generaciones bastardas; son mis coherederas, y me caparé yo mismo antes que exponerme a dejarlas dar al

(1) *Land-damn him*, en el texto; pasaje de lo más difícil de Shakespeare, que ha dado lugar a infinitas conjeturas. Vertemos el compuesto de acuerdo con Onions, que interpreta *land-damn* por *to make a hell on earth for a person*.

mundo retoños ilegítimos de mi sangre (1).

LEONTES.—¡Basta! Ni una palabra. Ofateáis este asunto con un sentido tan frío como la nariz de un hombre muerto; pero yo lo veo y lo siento como vos me sentís cuando os pincho el brazo, y como veis el instrumento que os hace experimentar esta sensación.

ANTÍGONO.—Si es así, no tenemos necesidad de tumba para enterrar la honra; no hay un átomo para purificar la faz de esta tierra, que no es más que un vasto estercolero.

LEONTES.—¡Cómo! ¿No se da crédito a mis palabras?

SEÑOR 1.º—Mi señor, en este asunto preferiría que fueran vuestras palabras, y no las mías, las faltas de crédito, y me agradaría más ver justificar su honor que vuestras sospechas, sea cual fuere la censura que me infligierais por mis palabras.

LEONTES.—¡Pardiez! ¿Qué necesidad tenemos de conversar con vosotros de esto, en lugar de seguir simplemente nuestra invencible creencia? Nuestra prerrogativa no apela a vuestros consejos; es nuestra bondad natural la que nos ha llevado a tomaros por confidente. Si, atolondrados estúpidamente o aparentándolo así con arte, no queréis o no podéis acoger como nosotros una verdad, estad advertidos de que no necesitamos más de vuestra consulta. El asunto, la pérdida, la ganancia, la manera de proceder, todo esto nos concierne exclusivamente a Nos.

ANTÍGONO.—Y yo siento, mi soberano, que no hayáis instruido este proceso con

el silencio de vuestro solo juicio, sin darle más resonancia.

LEONTES.—¿Cómo hubiera podido hacerse? O la edad te ha vuelto muy ignorante, o has nacido tonto. La fuga de Camilo, añadida a su familiaridad, que era tan evidente como nunca se mostró la convicción, y que no podía sino ser vista y no probada, pues el percibirla bastaba para que las demás circunstancias pusieran su crimen a la luz, nos obliga a este proceder. Sin embargo, para confirmarnos más soberanamente en nuestra creencia, pues en acto de tal importancia sería deplorable mostrarse precipitado, he despachado a toda prisa hacia el sagrado Delfos, al templo de Apolo, a Cleómenes y Dión, de quienes conocéis su probada capacidad. Ahora, del oráculo dependerá todo; cuyo consejo espiritual hará que me detenga o que avive el asunto. ¿He hecho bien?

SEÑOR 1.º—Muy bien hecho, mi señor.

LEONTES.—Aunque yo estoy convencido y no tengo necesidad de saber más de lo que sé, no obstante, el oráculo calmará las almas de otras personas parecidas a Antígono, cuya credulidad ignorante se resiste a la evidencia. Así, hemos hallado bueno confinar a la reina, lejos de nuestra libre persona, no sea que los dos culpables que han huido de aquí le hayan dejado el encargo de cumplir su traición. Venid, seguidnos; vamos a hablar al público, pues este asunto levantará un movimiento general.

ANTÍGONO.—(Aparte.) De risa, como estoy seguro, si se conociera la sencilla verdad. (Salen.)

ESCENA II

El mismo lugar.—Vestíbulo de una cárcel

Entran PAULINA y personas del séquito

PAULINA.—Al guardián de la prisión llamada; hágasele saber quién soy. (Sale

(1) No se nos oculta que parecerá violento el pasaje; pero nosotros hemos emprendido la ardua tarea de verter y comentar a Shakespeare, no para mutilarlo ni falsearlo, como nuestros predecesores, sino para expresar exactamente lo que dijo. Los verbos castrar (*geld*) y capar (*glib*) aparecen en el texto, y de ninguna manera los suprimimos ni los atenuamos. La moral cambia con las épocas, y la del tiempo de Shakespeare, como la de nuestro siglo clásico, era más robusta que la actual.

uno del séquito.) ¡Digna señora! No hay corte en Europa demasiado buena para ti. ¿Qué haces, pues, en la cárcel?

Vuelve a entrar el del séquito con el
CARCELERO

¡Hola, querido señor! Me conocéis, ¿no es así?

CARCELERO.—Por una digna dama, a quien honro mucho.

PAULINA.—Entonces, conducidme ante la reina, por favor.

CARCELERO.—No puedo, señora; he recibido órdenes expresas en contrario.

PAULINA.—¡He aquí precauciones para secuestrar a la virtud y a la honra, y prohibir a los visitantes amigos el acceso a ellos! Os lo suplico; ¿está permitido ver a sus damas, sea a quien fuese, a Emilia, por ejemplo?

CARCELERO.—Si os place, señora, hacer retirar a esas personas de vuestro séquito, haré venir a Emilia.

PAULINA.—Llamadla, os ruego. Retiraos vosotros. *(Salen las personas del séquito.)*

CARCELERO.—Además, señora, tengo que presenciar vuestra conferencia.

PAULINA.—Está bien, hacedlo, por favor. *(Sale el CARCELERO.)* ¡Cuánto trabajo para quitar una mancha sin decolorar la tela!

Vuelve a entrar el CARCELERO con EMILIA

Querida dama, ¿cómo se encuentra nuestra señora?

EMILIA.—Tan bien como es posible en una persona de tanta grandeza e infortunio. Bajo el golpe de sus terrores y de sus penas, y nunca una dama sensible los experimentó tan grandes, ha dado a luz un poco antes de término.

PAULINA.—¿Un niño?

EMILIA.—Una niña, una nena muy robusta y hermosa, y que vivirá, según parece. La reina halla en ella mucho

consuelo; le dice: «Pobre prisionera mía, soy tan inocente como tú.»

PAULINA.—Me atrevo a jurarlo. ¡Malditas sean esas peligrosas y malignas lunas del rey! Debe informársele de ello, y se le informará. El oficio corresponde mejor a una mujer; lo tomo sobre mí. Si no le digo claro y sin elogios melifluos lo que pienso, que mi lengua se cubra de ampollas y no sirva nunca más de trompeta a mi cólera cuando estalle roja de indignación. Os lo ruego, Emilia: comunicad a la reina el homenaje de mi mayor respeto; si se atreve a confiarme su tierna criatura, la presentaré al rey y abogaré por su causa con todas mis fuerzas. No sabemos hasta qué punto puede enternecerse a la vista de la niña. El silencio de la pura inocencia persuade a menudo allí donde la elocuencia fracasa.

EMILIA.—Muy digna señora, vuestra honradez y vuestra bondad son tan evidentes, que vuestra espontánea empresa no puede tener mal resultado. No sé de dama en el mundo más adecuada para esa gran misión. Plazca a vuestra señoría pasar a la habitación inmediata; yo voy a dar cuenta a la reina, acto seguido, de vuestra muy noble proposición. Precisamente hoy estaba forjándose la idea de este proyecto; pero no se atrevía a solicitar de nadie ese ministerio de honor, temerosa de una negativa.

PAULINA.—Decidle, Emilia, que pondré a su disposición toda la elocuencia que posea, y si mi lengua es tan elocuente como mi corazón valeroso, no dudéis que saldré bien.

EMILIA.—¡Bendita seáis por ello! Voy a ver a la reina. Dignaos entrar en un aposento más próximo.

CARCELERO.—Señora, si la reina accede a enviar la niña, no sé a qué me expongo con permitirlo, pues no tengo órdenes a este respecto.

PAULINA.—Nada tenéis que temer, señor; la niña era prisionera en el vientre de su madre, y ahora se ha libera-

do y manumitido por la ley y el curso de la gran Naturaleza. Ni es partícipe en la cólera del rey, ni responsable de la falta de la reina, si la hubiese.

CARCELERO.—Así lo creo yo.

PAULINA.—No temáis nada. Por mi honor, me interpondré entre vos y el peligro. *(Salen.)*

ESCENA III

El mismo lugar.—Aposento en el palacio real

Entran LEONTES, ANTÍGONO, Señores y otras personas del acompañamiento

LEONTES.—¡Ni de día ni de noche, ningún reposo! Soportar así este asunto es debilidad, pura debilidad. ¡Si la causa de estos tormentos no existiese!... Ella no es sino una parte de esta causa, ella, la adúltera, pues el rey corruptor está por completo más allá del alcance de mi brazo, fuera del blanco y tiro de mi cerebro, al abrigo del complot; pero a ella puedo agarrarla. Supongamos que ha desaparecido, que fue entregada a las llamas; recobraría yo la mitad de mi descanso. ¿Quién va?

ACOMPANANTE 1.º—*(Avanzando.)* ¿Mi señor?

LEONTES.—¿Cómo está el niño?

ACOMPANANTE 1.º—Ha dormido bien esta noche. Se cree que ha ganado por la mano a su enfermedad.

LEONTES.—¡Qué nobleza la suya! Al saber el deshonor de su madre, se abatió inmediatamente, quedóse postrado, lo tomó muy a pecho; la vergüenza de esta acción le ha encadenado y paralizado como si fuera suya; ha perdido la viveza, el apetito, el sueño, y ha caído en una absoluta languidez. Dejádme solo. Id y ved cómo sigue. *(Sale el ACOMPANANTE.)* ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! No pensemos en él. La idea misma de la venganza, por otro lado (1), rebota con-

(1) *That way*; es decir, *in that respect*, in other respects.

Entra PAULINA con una niña

SEÑOR 1.º—No podéis entrar.

PAULINA.—Antes bien: secundadme, mis buenos señores. ¿Os importa más, ¡ay!, su cólera de tirano que la vida de la reina, un alma delicada e inocente, más pura aún que él, celoso?

ANTÍGONO.—Basta.

ACOMPANANTE 2.º—Señora, no ha dormido esta noche; ha mandado que nadie se le acerque.

PAULINA.—No tanto celo, mi buen señor; vengo a traerle el sueño. Gentes parecidas a vos, que se deslizan junto a él a manera de sombras y acompañan con suspiros sus gemidos inútiles, gentes parecidas a vos son las que mantienen la causa de sus insomnios. Yo vengo con palabras tan saludables como verdaderas, y tan honradas como verdaderas y saludables, a purgarle de ese humor que le aleja del sueño.

LEONTES.—¿Qué ruido es ese? ¡Eh!

PAULINA.—No hay ruido, mi señor, sino una conferencia necesaria sobre los padrinos de un bautizo que toca a Vuestra Alteza.

LEONTES.—¡Cómo! ¡Fuera con esa dama atrevida! Antígono, te ordené que no la dejaras acercarse a mí. Sabía que vendría.

ANTÍGONO.—Le había dicho, mi señor, que debía abstenerse de visitaros, bajo pena de vuestro desagrado y del mío.

LEONTES.—¡Qué! ¿No puedes imponer tu autoridad de esposo?

PAULINA.—Sí, para prohibirme todo lo que es deshonesto; pero en este asun-

to, a menos que no adopte la conducta que habéis seguido, vos y me envíe a la cárcel para castigarme por una acción honrosa, no hará que le obedezca, estad seguro de ello.

ANTÍGONO.—¡Vedlo ahora! Ya lo oís. Puesto que ella quiere tomar las riendas, la dejo correr; pero no dará traspies.

PAULINA.—Mi buen soberano, vengo, y os suplico que me oigáis, a mí, que me declaro vuestra leal servidora, vuestro médico, vuestra muy obediente consejera y que, aun al aliviar vuestras malas disposiciones, me atrevo a mostrarlo menos que muchos que os parecen más adictos; vengo, digo, de parte de vuestra virtuosa reina.

LEONTES.—¡Virtuosa reina!

PAULINA.—Virtuosa reina, mi señor, virtuosa reina; he dicho bien, virtuosa reina y a ser yo hombre, siquiera el más débil de los que os acompañan, combatiría para probar que es virtuosa.

LEONTES.—¡Echadla de aquí a viva fuerza!

PAULINA.—¡Que el que no tenga miedo de sus ojos ponga el primero sus manos en mí! Saldré por mi propia voluntad; pero llenaré antes mi mensaje. La virtuosa reina, porque es virtuosa, os ha dado una hija; hela aquí, la encomienda a vuestra bendición! (*Deposita la niña en el suelo.*)

LEONTES.—¡Fuera! ¡Bruja marimacho! (1). ¡Que se la arroje de aquí! ¡Que se la ponga en la puerta! ¡Una celestina que sabe admirablemente su oficio!

PAULINA.—No, estoy tan ignorante en ese oficio como vos en darme esa calificación, y soy tan honrada como vos loco; lo que es bastante, os lo garantizo, tal como va el mundo, para pasar por honrada.

LEONTES.—¡Traidores! ¿No la ponéis en

la puerta? ¡Dadle la bastarda! (*A ANTÍGONO.*) Y tú, imbécil, eres un gallino, su plantado aquí por tu dama gallina. ¡Recoge la bastarda! ¡Recógela, digo! ¡Entrégasela a tu viejarrona! (1).

PAULINA.—¡Deshonradas sean para siempre tus manos si levantas del suelo a la princesa, movido de la falsa imputación de bastardía que ha lanzado contra ella!

LEONTES.—¡Tiene miedo a su mujer!

PAULINA.—¡Ojalá vos lo tuvieseis así de la vuestra! Está fuera de toda duda que entonces llamaríais vuestros a los hijos que os pertenecen.

LEONTES.—¡Qué nido de traidores!

ANTÍGONO.—¡Por esta bella luz, que no soy un traidor!

PAULINA.—Ni yo, ni nadie; no hay más que un solo traidor; y está aquí presente; y es él mismo, pues entrega traídonamente a la calumnia, cuya punta es más mortal que la de la espada, su honor sagrado, el de la reina, el de su hijo, lleno de promesas; el de su nena, pues rehúsa, y, en el estado de las cosas, es una maldición que no puede obligarse, arrancar de una vez la raíz de su opinión, tan podrida como sólida fue siempre la piedra o la carasca.

LEONTES.—¡Regañona deslenguada (2), que antes golpeaba a su marido y ahora se ceba en mí! Esa rapaza no es mía. Es la progenitura de Polixenes. ¡Qué se la saque de aquí, y se la arroje al fuego, junto con su madre!

PAULINA.—Es vuestra, y podríamos dejar a vuestro cargo el antiguo proverbio: «Se os parece tanto, que es tanto peor.» Mirad, señores, aunque la imagen sea diminuta, ¿no es la completa reducción y la verdadera copia del padre? Es su nariz, sus ojos, sus labios, el movimiento de sus cejas, su frente, todo, hasta

(1) *Crone*, es decir, *withered old woman*.

(2) *A callat of boundles tongue*, en el texto. *Callat*, que en otros lugares de Shakespeare se lee *callet* y *callot*, parece que tiene aquí el sentido de *scold*.

el talle, hasta los gentiles hoyuelos de su mentón y de su nariz; es su sonrisa, la configuración y molde de la mano, de los dedos, de las uñas. ¡Y tú, buena diosa Naturaleza, que has formado esta niña tan semejante al que la engendró, si la creación de su alma te pertenece también, no hagas entrar al amarillo entre sus colores, de miedo que ella no sospeche, como ha hecho él que sus hijos no son de su esposo!

LEONTES.—¡Qué insolente bruja! Y tú, canalla, mereces ser ahorcado por no tener su lengua.

ANTÍGONO.—Ahorcad a todos los maridos que no puedan imponer silencio a sus mujeres, y apenas os quedará un súbdito.

LEONTES.—Una vez más, arrojadla de aquí.

PAULINA.—El más indigno y desnaturalizado de los esposos no podría hacer más.

LEONTES.—Te haré quemar.

PAULINA.—¡Poco me importa! El hereje será quien encienda el fuego, y no la que se queme en él. No os llamaré tirano, pero este modo tan cruel de tratar a la reina, sin poder producir otras acusaciones que las de vuestro capricho mal fundado, sabe un poco a tiranía y os hará aparecer innoble, sí, escandaloso a los ojos del mundo.

LEONTES.—¡En nombre de vuestro juramento de fidelidad, hacédla salir de esta sala! Si fuera un tirano, ¿dónde estaría ahora su vida? No osara llamarme tirano si supiera que lo soy. ¡Fuera con ella!

PAULINA.—No me empujéis, os lo ruego; voy a partir. Echad una mirada a vuestra hija, mi señor; es vuestra. ¡Quiera Júpiter enviarle por guía un mejor genio tutelar!... ¿Qué necesidad tengo de esas manos?... Vos, que tan complaciente os mostráis con sus locuras, no le haréis jamás ningún bien, ni ninguno de vosotros. Eso es, eso es. Adiós; nos marchamos. (*Sale.*)

LEONTES.—¡Traidor! ¡Tú eres quien ha

incitado a tu mujer a esa escena! ¡Mi hija! ¡Desembarazadme de eso!... ¡Tú mismo, que muestras un corazón tan tierno para con eso, llévatelo de aquí y cuida de que instantáneamente lo consuman las llamas! Tú mismo, y nadie sino tú. Coge eso en seguida, y dentro de una hora ven a comunicarme que el acto se ha cumplido, y esto con pruebas indiscutibles, o dispongo de tu vida y de cuanto te pertenece. ¡Si rehúsas y quieres afrontar mi cólera, dilo, y con mis propias manos saltaré los sesos de esa bastarda! Anda, lleva eso al fuego, ya que tú has instigado a tu mujer.

ANTÍGONO.—No lo he hecho, señor. Estos señores, mis nobles compañeros, pueden, si les place, justificarme de tal acto.

SEÑOR 1.º.—Podemos, mi real soberano; no es culpable de la venida de su esposa.

LEONTES.—¡Todos sois unos embusteros!

SEÑOR 1.º.—Suplico a Vuestra Alteza que nos otorgue mejor crédito. Hemos sido siempre para vos servidores fieles, y os conjuramos a que nos consideréis como tales. Os rogamos, pues, de rodillas, en recompensa de nuestros leales servicios pasados y futuros, que abandonéis ese designio tan horrible, tan sanguinario, que ha de conducir a algún fin odioso. ¡Caemos todos de rodillas!

LEONTES.—Soy una pluma para todo viento que sopla. ¿Estaré condenado a vivir para ver a esa bastarda arrodillarse y llamarme padre? Más vale quemar eso ahora que maldecirlo entonces. Pero sea, que viva. No será ni una cosa ni otra. (*A ANTÍGONO.*) Acercaos aquí, señor; vos, que os habéis mostrado tan tiernamente oficioso con la señora Paulina, vuestra partera mujer, para salvar la vida de esta bastarda, porque es una bastarda, tan seguro como tu barba es gris, ¿qué aventuráis para salvar la vida de esa chicuela?

ANTÍGONO.—Cualquier cosa, mi señor, que mi capacidad pueda superar y la nobleza imponerme. Si no puedo hacer

(1) *Out! A mankind witch*, en el texto. *Mankind* tiene el sentido de *masculine*, *viragolike*, *male sex*.

más, puedo, a lo menos, comprometer la poca sangre que me queda para salvar a la inocente. Haré cuanto sea posible.

LEONTES.—Será posible. Jura por esta espada que ejecutarás mis órdenes.

ANTÍGONO.—Las ejecutaré, señor.

LEONTES.—Toma nota de ellas, y cúmplelas. ¡Mira!... Porque la no ejecución de un solo punto de esas órdenes implicará la muerte, no ya de ti, sino también de tu mujer, la lengua grosera, que perdonamos por el momento. Nos te ordenamos, como vasallo nuestro que eres, que te llesves de aquí esta bastarda y la transportes a algún lugar alejado o desierto, fuera por completo de nuestros dominios, y que allí la abandones, sin más piedad, a su propia protección y a la clemencia del clima. Como eso nos ha venido por extraña suerte, te mando, en nombre de la Justicia, bajo pena de peligro de tu alma y del tormento de tu cuerpo, que la entregues a la suerte de algún lugar extraño, donde el azar podrá nutrirlo o matarlo. Llévate eso.

ANTÍGONO.—Juro hacerlo; aunque una muerte inmediata hubiera sido más misericordiosa. ¡Ven, pobre nena! ¡Que algún espíritu poderoso enseñe a los milanos y a los cuervos a servirte de nodrizas! Dicen que los lobos y los osos, desechando su índole salvaje, han llena-

do tales oficios de piedad. ¡Señor, sed más feliz de lo que merecéis por esta acción! ¡Y a ti, que la protección divina combata en tu favor contra esta crueldad, pobre criatura condenada a perecer! *(Sale con la niña.)*

LEONTES.—¡No lo criaré la progenitura de otro!

Entra un CRIADO

CRIADO.—Con el permiso de Vuestra Alteza, hace una hora que han llegado correos de parte de los embajadores que enviasteis a consultar el oráculo. Cleómenes y Dión, felizmente arribados de Delfos, han desembarcado uno y otro y se dirigen a toda prisa hacia la Corte.

SEÑOR 1.º.—Plázcase saber, señor, que su rapidez ha excedido a todo cálculo.

LEONTES.—Han estado ausentes veintitrés días. Es una rara celeridad. Nos presagia que el gran Apolo quiere que la verdad de este asunto aparezca sin dilación. Preparaos, señores. Convocad un tribunal (1). para que podamos hacer comparecer en justicia a nuestra muy desleal esposa, pues ya que ha sido acusada públicamente, obtendrá un juicio equitativo y público. En cuanto ella viva, mi corazón será para mí una carga. Dejadme, y pensad en cumplir mis órdenes. *(Salen.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Un puerto de mar en Sicilia

Entran CLEÓMENES y DIÓN

CLEÓMENES.—El clima es delicioso, el aire muy suave, la isla fértil y el templo rebasa en mucho las alabanzas que comúnmente se le tributan.

DIÓN.—Mencionaré, pues es lo que me

ha cautivado vivamente, los hábitos celestiales, me parece que así es como hay que llamarlos, y el aspecto venerable de los graves pontífices. ¡Oh el sacrificio! ¡Qué majestuoso, qué solemne, qué ex-

(1) *A session.* La voz *session* no tiene aquí el sentido de sesión, sino el de *sitting of a court of justice*; esto es, *judicial proceedings*, como en *Otelo* (acto I, escena II, versos 85-86).

...till fit time
of law and course of direct session

traterrestre es el momento de la ofrenda!

CLEÓMENES.—Pero, por encima de todo, la repentina explosión y la voz ensordecedora del oráculo, próximo pariente del trueno de Júpiter, paralizaron de tal modo mis sentidos, que estaba como si no existiera.

DIÓN.—Si el viaje es, en sus resultados, tan feliz para la reina, ¡oh, ojalá lo sea!, como ha sido para nosotros raro, agradable y pronto, no habremos perdido nuestro tiempo.

CLEÓMENES.—¡Gran Apolo, convierte todo en lo mejor! Me gustan poco esas proclamas que incriminan a Hermione, a despecho de sus negativas.

DIÓN.—El rigor de ese proceder probará su inocencia, o apresurará la conclusión de este asunto. Cuando el oráculo, sellado por el gran sacerdote de Apolo, revele su contenido, algo extraordinario se pondrá entonces de manifiesto. Vamos. ¡Caballos frescos, y que el éxito sea feliz! *(Salen.)*

ESCENA II

Sicilia.—Un tribunal de justicia

LEONTES, Señores y Oficiales

LEONTES.—Esta causa, lo declaramos con gran sentimiento, es un golpe para nuestro corazón. La parte acusada es la hija de un rey, nuestra esposa, y una mujer a quien hemos amado en extremo. Que se nos absuelva del reproche de tiranía, ya que procedemos en justicia tan abiertamente, la que seguirá su curso normal hasta la condenación o la absolución. Introducid a la presa.

UN OFICIAL.—Es deseo de su Alteza que la reina comparezca en persona aquí ante el tribunal. ¡Silencio!

Entra HERMIONA, escoltada; PAULINA y sus Damas de honor la acompañan

LEONTES.—Leed la acusación.

OFICIAL.—*(Leyendo.)* «Hermiona, reina consorte del digno Leontes, rey de Sicilia, estás aquí procesada y acusada del crimen de alta traición, por haber cometido adulterio con Polixenes, rey de Bohemia, y haber conspirado con Camilo para quitar la vida a nuestro soberano señor el rey, tu leal esposo; cuyo complot, habiendo sido revelado en parte por las circunstancias, tú, Hermiona, contrariamente a la fe y a la obediencia de una fiel súbdita, les has prestado tus oídos y tu ayuda para ponerse a salvo por una evasión nocturna.»

HERMIONA.—Puesto que todo lo que tengo que decir radica simplemente en contradecir mi acusación, y los testimonios que puedo exhibir consisten en los que extraiga de mí misma, no me servirá de gran cosa el decir: «No soy culpable.» Mi integridad, tomada por falsedad, será recibida como tal cuando lo afirme. A pesar de esto diré: si las potencias divinas contemplan nuestras acciones humanas, como las contemplan, no dudo entonces que la inocencia no cubra de oprobio las acusaciones falsas y no haga temblar la tiranía ante la resignación. Vos, mi señor, sabéis mejor que nadie, aunque quisierais aparecer como que sabéis menos que nadie, que mi vida pasada ha sido tan continente, tan casta, tan leal como desgraciada soy ahora, y la Historia no ofrece ejemplo de infortunio mayor que el mío, aun cuando me arreglara y pusiera en escena para emocionar a los espectadores. Porque, miradme aquí, la compañera de un lecho real, que ocupa la mitad del trono, la hija de un gran rey, la madre de un príncipe lleno de esperanzas, miradme aquí, condenada a hablar y a perorar para defender mi vida y mi honor ante quien quiera venir a escuchar. En cuanto a la vida, la aprecio lo que aprecio la pena, como una cosa que

pasaría de buen grado; en cuanto al honor, es un bien que debê pasar de mí a los míos, y solo por él estoy aquí. Señor, apelo a vuestra conciencia para decir cómo me hallaba en vuestras buenas gracias, como merecía hallarme, antes que Políxenes viniera a vuestra Corte; después que vino, ¿por qué ligereza tan culpable estoy apartada del regio camino para que tenga que comparecer así ante vos? Si he rebasado en una línea la frontera del deber, o si en acto o en pensamiento me he inclinado a rebasarla, ¡que todos los corazones de los que me escuchan se cierren a mis dolores, y que mi pariente más próximo grite venganza sobre mi tumba!

LEONTES.—Jamás he oído decir de ninguno de esos vicios audaces que hayan tenido menos impudicia para negar sus actos que la que habían tenido precedentemente para combatirlos.

HERMIONA.—Demasiado cierto, aunque esa sea una máxima que no se dirige a mí, señor.

LEONTES.—No queréis confesarlo.

HERMIONA.—Entre las faltas que se me reprochan no puedo reconocer sino las que me son personales. En cuanto a Políxenes, con quien soy acusada, confieso que le estimaba como lo merecía con todo honor, con ese género de afecto que podía convenir a una dama como yo, con aquel amor que vos mismo me habíais mandado, con aquel y con ningún otro; de haberlo rehusado, pienso que habría obrado a la vez con desobediencia respecto de vos y con ingratitud acerca de vuestro amigo, cuya afición desde el día mismo en que pudo hablar, desde la época en que era niño, había declarado lealmente que os pertenecía. En cuanto a la traición, no sé qué gusto tiene, aunque se me sirve como un plato que debo probar. Todo lo que sé es que Camilo era un hombre honrado. Por qué ha abandonado la Corte, los dioses mismos lo ignoran si no saben de ello más que yo.

LEONTES.—Sabíais su partida, como sa-

bíais lo que habéis tratado de hacer en su ausencia.

HERMIONA.—Señor, habláis un lenguaje que no entiendo. Mi vida está al alcance de vuestras visiones, y a ellas os la abandono.

LEONTES.—¡Vuestros actos son mis visiones! ¡Habéis tenido una bastarda de Políxenes, y esto es una visión mía! De igual modo que habéis dado de lado a toda vergüenza, así son las de vuestra especie, os habéis despojado de toda veracidad. Esas negativas os importan más que os aprovechan; pues así como tu rapaza ha sido arrojada de aquí, abandonada a sí propia, falta de un padre que la reconozca, lo que, en verdad, es más criminal en ti que en ella, así tú también sentirás nuestra justicia, y de su trámite más benigno no esperes menos que la muerte.

HERMIONA.—Señor, malgastáis vuestras amenazas. El espantajo con que deseáis aterrarme, yo misma lo busco. Para mí, la vida no puede ser ya un bien. La corona y esta alegría de mi vida, vuestro favor, las miro como perdidas, pues siento que se me han escapado, sin que pueda decir cómo. Mi segunda alegría era el primogénito de mis entrañas, y se me separa de su presencia como una apestada. Mi tercer consuelo, mi hija, nacida bajo funesta estrella, se la arranca de mi seno, con la leche inocente sobre sus labios, más inocentes aún, y se la arrastra al asesinato. A mí misma se me proclama en cada poste una prostituta; con un odio indecente, se me niegan los privilegios del parto, que pertenecen a las mujeres de toda condición, y, por último, se me apremia a venir aquí, a este sitio al aire libre, antes de transcurrir el tiempo necesario para reparar mis fuerzas. Ahora, soberano mío, decidme esto: no os equivoquéis sobre mis palabras; poco importa mi vida; yo no la estimo en una arista de paja; pero en cuanto a mi honor, que lo quisiera sin mancha, si he de ser condenada por conjeturas, ausentes todas las

Entra un CRIADO

CRIADO.—¡Mi señor el rey! ¡El rey!

LEONTES.—¿Qué sucede?

CRIADO.—¡Oh señor! ¡Voy a ser odiado por anunciar tales noticias! El príncipe vuestro hijo, por solo el efecto de los terrores de imaginación y de los temores que le inspiraba la suerte de su madre, ha partido.

LEONTES.—¿Cómo! ¡Partido!

CRIADO.—Ha muerto.

LEONTES.—¡La cólera de Apolo! ¡Los cielos mismos castigan mi injusticia! (HERMIONA se desvanece.) ¿Qué pasa ahí?

PAULINA.—Esta noticia es mortal para la reina. ¡Bajad los ojos, y ved en ella la obra de la muerte!

LEONTES.—Sacadla de aquí. No es más que un síncope. Volverá en sí. He dado demasiado crédito a mis propias sospechas. Por favor, administradle tiernamente algunos remedios que la hagan volver a la vida. (Sale PAULINA con HERMIONA y las Damas del séquito.) ¡Apolo, perdona mis palabras impías contra tu oráculo! Me reconciliaré con Políxenes, ganaré de nuevo el corazón de mi reina, llamaré otra vez al buen Camilo, al que proclamo un hombre leal y humano, pues impulsado por mis celos a los pensamientos sanguinarios y a la venganza, elegí a Camilo por ministro encargado de envenenar a mi amigo Políxenes, y esto hubiera sucedido si el alma honesta de Camilo no hubiese retardado mis órdenes precipitadas, aunque yo le amenacé de muerte si no las ejecutaba, y le seduje con la promesa de una recompensa si las llevaba a cabo. Camilo, muy humano y lleno de honor, ha descubierto mis tramas a mi real huésped, ha dado adiós a su posición en nuestra Corte, que, Vos lo sabéis, era grande, y, sin otra riqueza que su honor, ha entregado su persona al azar de todas las incertidumbres. ¡Cómo reluce al lado de mi orín! ¡Y cómo su piedad hace aparecer mis actos más negros todavía!

pruebas, salvo las que inventen vuestros celos, os lo declaro, esto es abuso y no justicia. Vuestros Honores me entienden todos. Me remito al oráculo. ¡Que Apolo sea mi juez!

SEÑOR 1.º.—Vuestra demanda es enteramente justa. Por consiguiente, que se dé a conocer, en nombre de Apolo mismo, el oráculo que ha pronunciado. (Salen algunos Oficiales.)

HERMIONA.—¡El emperador de Rusia era mi padre! ¡Oh! ¡Que no viviera para asistir al juicio de su hija! ¡Que no se halle aquí para contemplar el despotismo de mi miseria, antes con ojos de piedad que no de venganza!

Vuelven a entrar los Oficiales con CLEÓMENES y DIÓN

OFICIALES.—Vais a jurar aquí, sobre esta espada de la Justicia, que vosotros, Cleómenes y Dión, habéis estado los dos en Delfos, que habéis traído este oráculo sellado y entregado por la mano del pontífice del gran Apolo, y que, desde entonces, no habéis tenido la audacia de romper el sello sagrado ni leer los secretos que encierra.

CLEÓMENES y DIÓN.—Lo juramos absolutamente.

LEONTES.—Romped los sellos y leed.

OFICIAL.—(Leyendo.) «Hermiona es casta; Políxenes, intachable; Camilo, un súbdito leal; Leontes, un tirano celoso; su inocente criatura, legítimamente engendrada; y el rey morirá sin heredero si lo que se ha perdido no es hallado.»

SEÑORES.—¡Bendito sea el gran Apolo!

HERMIONA.—¡Alabado sea!

LEONTES.—¿Has leído exactamente?

OFICIAL.—Sí, mi señor; exactamente como está escrito.

LEONTES.—No hay una palabra de verdad en todo ese oráculo. Seguirá su curso el proceso. Eso es pura falsedad.

Vuelve a entrar PAULINA

PAULINA.—¡Día funesto! ¡Oh, cortad el oído de mi corpiño, o mi corazón, hacedle estallar, va a romperse también!

SEÑOR 1.º.—¿Qué acceso es ese, mi buena dama?

PAULINA.—¿Qué estudiados tormentos me para mí, tirano? ¿Qué ruedas, qué ros, qué piras? ¿Qué desollamiento o cocción de plomo o aceite? ¿Qué tura antigua o moderna habré de sufrir si cada una de mis palabras mereciera hacer conocimiento con lo que puedo inventar de peor? Esos antojos de tiranía, trabajando de concierto con celos, caprichos que serían demasiadamente inútiles para los niños, demasiado inútiles y demasiado absurdos para niñas nueve años, ¡oh!, piensa en lo que he hecho, y luego vuélvete en seguida loco de atar, pues todas tus extravagancias pasadas no eran sino gérmenes de lo que sucede. El haber traicionado a Polixenes no era nada, puesto que ha servido sino para mostrarte un inconstante y negramente ingrato. pretendido emponzoñar el honor del príncipe Camilo, haciéndole asesinar a un niño, esto no era nada tampoco; pobres niños, en verdad; pues más monsesos esperaban su vez, y entre ellos uno aún por nada, o casi nada, el niño de haber arrojado a los cuervos la cabeza de pecho, aunque un diablo hubiera vertido lágrimas de sus ojos de dolor; ni se te debe culpar directamente a muerte del joven príncipe, cuyos sentimientos de honor, tan elevados para una edad tan tierna, han roto el corazón, que se vio obligado a comprender un padre brutal e insensato ultrajado a su bondadosa madre. No, no se puede poner eso a tu cargo; pero esta última catástrofe..., ¡oh señores!, cuando me he dicho que claméis «¡Día funesto!», la reina, la reina, la más preciosa de las criaturas, acaba de morir,

y el Cielo no ha hecho todavía caer su venganza.

SEÑOR 1.º.—¡Los dioses potentes lo impidan!

PAULINA.—Os digo que ha muerto, y lo juraré. Si ni palabras ni juramentos pueden convencerlos, id y mirad; si podéis devolver el color a sus labios, el resplandor a sus ojos, el calor a sus miembros exteriores, la respiración a su pecho, os serviré como serviría a los dioses. Pero, ¡oh, tú, tirano!, no te arrepientas de estas cosas, pues son demasiado pesadas para que todas tus penitencias puedan levantarlas. Por consiguiente, entrégate a la sola desesperación. Aun cuando plegaras mil rodillas durante diez mil años consecutivos, desnudo, hambriento, sobre una montaña estéril, en medio de una tempestad perpetua, no podrías decidir a los dioses a que miraran allí donde estuvieras.

LEONTES.—Continúa, continúa. Jamás hablarás demasiado. He merecido que todas las lenguas me dirijan sus más amargos reproches.

SEÑOR 1.º.—Ni una palabra más. Sea cual fuere el estado de las cosas, habéis cometido una falta hablando tan audazmente.

PAULINA.—Lo siento. Me arrepiento de todas las faltas que cometo cuando llego a conocerlas. ¡Ay! ¡He obedecido demasiado a la temeraria sensibilidad de una mujer! El rey está conmovido en su noble corazón. Lo que ya se consumió y es irreparable no ha menester de lamentaciones. Que mis imprecaciones no os causen aflicción; antes os suplico que me hagáis castigar por haberos recordado lo que debéis al olvido. Vamos, mi buen soberano. Señor, real señor, perdonad a una mujer insensata. El amor que profesaba a vuestra reina... ¡Vamos, he aquí que estoy loca una vez más! No os hablaré ya de ella ni de vuestros hijos. No os recordaré a mi esposo, perdido también. Acumulad toda vuestra resignación y no diré nada.

LEONTES.—No has hecho sino hablar

bien al hablarnos con toda verdad, acepto mejor tus reproches que hubiera aceptado tu compasión. Por favor, llévame al lado de los cadáveres de mi reina y de mi hijo. Una sola tumba, sobre la que, para nuestra eterna vergüenza, se grabarán las causas de su muerte, los encerrará a los dos. Todos los días visitaré la capilla en que reposen, y verter lágrimas será mi consuelo; y tanto tiempo como me permita la naturaleza el ejercicio de la expiación, por tanto tiempo hago el juramento de cumplirlo cada día. ¡Ven y condúceme ante ese espectáculo de dolores! (Salen.)

ESCENA III

Bohemia.—Una comarca desierta, junto al mar

Entran ANTÍGONO con la niña y un MARINERO

ANTÍGONO.—¿Estás seguro, entonces, de que nuestro navío ha tocado los desiertos de Bohemia?

MARINERO.—Sí, mi señor, y temo que hayamos desembarcado en mal tiempo; el firmamento tiene aspecto de mal humor y amenaza enfadarse de un momento a otro. Por mi conciencia, los cielos están enfurecidos contra lo que vamos a hacer, y nos miran ceñudos.

ANTÍGONO.—¡Cúmplase su divina voluntad! Anda, vuélvete a bordo, vigila tu barco; no tardaré en reunirme contigo.

MARINERO.—Daos toda la prisa posible y no os alejéis demasiado tierra adentro. Es probable que tengamos un tiempo duro; además, este paraje es célebre por los animales de presa que habitan en él.

ANTÍGONO.—Vuelve atrás. Te acompañaré inmediatamente.

MARINERO.—Me alegro de todo corazón de desembarazarme así de este asunto. (Sale.)

ANTÍGONO.—¡Ven, pobre nena! He oído

decir, sin otorgarle crédito, que las almas de los difuntos pueden volver de nuevo. Si semejante cosa es verdad, tu madre se me apareció la noche última, pues jamás tuve sueño tan parecido a la vela. Hacia mí avanzó una criatura que inclinaba la cabeza tanto a un lado como a otro. Nunca vi caso de dolor tan henchido y tan noble. Bajo sus velos castos y blancos, semejante a la santidad misma, se aproximó al camarote en que dormía, tres veces se inclinó ante mí, y como abriera con esfuerzo la boca para comenzar algún discurso, sus ojos se convirtieron en dos fuentes. Una vez pasado el acceso de lágrimas, escapáronse estas palabras de sus labios: «Buen Antígono, ya que la fatalidad, a despecho de tus generosas disposiciones, te ha designado para ministro encargado de exponer a mi hija al abandono, tal como has tenido que jurarlo, existen en Bohemia regiones bastante apartadas. Ve allí a llorar y deja allí a la niña entregada a sus gritos, y como se considerara perdida para siempre, llámala, por favor, Perdita. Por este feo asunto que te ha sido impuesto por mi señor, no volverás a ver a tu esposa Paulina.» Y a esto, sollozó y disolvióse en el aire. Muy espantado, poco a poco volví en mí, y me pareció que era una realidad y no un sueño. Los sueños son ilusiones; sin embargo, por una sola vez quiero dejarme llevar de este, como un simple supersticioso. Creo que Hermiona ha sufrido la muerte, y que esta niña, por ser realmente la progenitura del rey Polixenes, Apolo ha querido que fuese expuesta sobre el territorio de su legítimo padre, sea para vivir, sea para morir en él. ¡Capullo, crece en prosperidad! (Deposita la niña en tierra.) ¡Quédate aquí, y contigo, tu filiación (Deja en el suelo un paquete.), y esto, chiquitina, que podrá bastar para educarte (1) y quedar en tu posesión, si

(1) Which may, if fortune, please both breed thee, on el texto, es decir, may suffice to bring thee up.

place a la Fortuna! La tempestad comienza. ¡Pobre desgraciada, que por la falta de tu madre te ves así expuesta al abandono y a lo que pueda suceder! No puedo llorar, pero mi corazón sangra. ¡Oh, qué maldito soy obligado por juramento a cumplir esta acción! ¡Adiós! El día se ensombrece cada vez más. Vas a tener probablemente una canción de cuna demasiado desapacible. Jamás he visto los cielos tan sombríos en pleno día... ¡Se oye un rumor salvaje! ¡Que pueda yo felizmente regresar a bordo!... ¡Es la caza!... ¡Estoy perdido para siempre! (*Sale perseguido por un oso.*)

Entra un PASTOR

PASTOR.—Quisiera que no hubiese edad entre los diez y los veintitrés años, o que la juventud durmiera durante el intervalo, pues entre las dos edades no hay otra cosa sino muchachas embarazadas, viejos insultados, robos y peleas. ¿Oís ese estrépito? Decidme si habría otras gentes más que cerebros ardorosos de diecinueve y veintidos años que cazasen con este tiempo. Han hecho huir doce de mis mejores ovejas, que temo las halle el lobo antes que su amo; si tengo la suerte de encontrarlas en algún lado, será a la orilla del mar, donde se habrán puesto a ramonear la hiedra. (*Descubriendo a la niña.*) ¡Buena suerte! ¿Se me presenta ahora tu favor? ¿Qué es esto? ¡Bondad divina! ¡Un nene, un lindísimo nene! ¿Es chico, o chica?—me pregunto. ¡Una bonita chica! ¡Una hermosísima niña! Seguramente, el fruto de alguna deshonra. Aunque no sea hombre leído, puedo leer, no obstante, que se trata de la deshonra de una doncella. Resultado de algún trabajo de escalera, de encima de un baúl o de detrás de la puerta. ¡Los que han engendrado a esta niña tenían más calor que ella, pobre criatura! Voy a recogerla por piedad. Sin embargo, aguardaré a que llegue mi hijo. Voceaba hace un instante. ¡Ahó! ¡Eh! ¡Ohé!

Entra el Bobo

BOBO.—¡Húchoho! ¡Alho!

PASTOR.—¡Cómo! ¿Estás tan cerca? Si quieres ver una cosa de que hablarás todavía cuando estés muerto y podrido, ven aquí. ¿Qué tienes, hombre?

BOBO.—¡Qué dos espectáculos he visto en el mar y en la tierra! Pero no debo decir que es el mar, pues es ahora el cielo. Entre el mar y el firmamento no podrías meter la punta de un punzón.

PASTOR.—¿Qué quieres decir, muchacho?

BOBO.—¡Quisiera tan solo que vieses cómo se irrita, cómo se enfurece, cómo bate la ribera! Pero no es esta la cuestión. ¡Oh, era el alarido más lastimoso el de aquellas pobres almas! A veces se los veía, luego dejaba de vérselos; ora la nave parecía barrenar la luna con su palo mayor, y en seguida era engullida por la espuma y el movimiento del agua, como si arrojaseis un corcho en un tonel. Y después, pasemos a la tierra: ver cómo el oso le arrancó al hombre el omóplato y cómo gritaba llamándose en auxilio y diciendo que se llamaba Antígono y que era un noble. Pero, para acabar con la nave, había que ver cómo el mar se la tragaba como una pasa (1); pero antes era de ver cómo rugían los infelices y cómo el mar se burlaba de ellos, y luego escuchar cómo daba alaridos el pobre caballero, y cómo el oso se mofaba de él, y cómo los unos y los otros aullaban más fuerte que el mar y el temporal.

PASTOR.—¡En nombre de la misericordia! ¿Cuándo has visto eso, muchacho?

BOBO.—Ahora, ahora mismo. No hace un guiñar de ojos que lo he presenciado. Los hombres no están aún fríos debajo del agua, y el oso no se habrá co-

(1) *How to sea flap-dragoned it.* Según Onions (de acuerdo con el cual vertemos), *flap-dragon* es *raisin of the like used in the game of snap-dragon*; y aquí, como verbo, *to swallow as one would a "flap-dragon"*.

mido todavía la mitad del caballero. Está en ello ahora.

PASTOR.—¡Cómo hubiera querido estar allí para auxiliar al viejo! (1).

BOBO.—Hubiera querido que os hallaseis cerca del navío para prestarle socorro. Vuestra caridad habría perdido allí el pie.

PASTOR.—¡Tristes sucesos! ¡Tristes sucesos! Pero mira aquí, muchacho. Y bendice ahora tu buena suerte. Tú has encontrado cosas agonizantes; yo, cosas recién nacidas. He aquí un espectáculo para ti. ¡Mira, un traje de cristianar para la hija de un noble! Ve aquí, recoge esto, recoge esto, muchacho. Abrelo. Que se vea. Me habían dicho que las hadas me enriquecerían. Este es algún niño sustituido por otro. Abrelo. ¿Qué hay dentro, muchacho?

BOBO.—Sois un viejo afortunado. Si los pecados de vuestra juventud os son perdonados, vais a vivir feliz. ¡Oro, todo oro!

PASTOR.—Oro encantado, muchacho, ya

verás cómo es así; arriba con él; tenlo bajo llave. A casa, a casa por el camino más corto. Somos felices, muchacho, y para serlo siempre no se requiere sino guardar el secreto. Que se vayan mis ovejas. Vamos, mi querido muchacho, a casa por el camino más corto.

BOBO.—Id vos por el camino más corto con vuestro hallazgo. Yo voy a ver si el oso ha terminado con el caballero y cómo se lo ha comido. No son nunca temibles sino cuando están hambrientos. Si queda algo de él, le daré sepultura.

PASTOR.—Es una buena acción. Si por los restos que encuentres juzgas que puede identificarse, ven a buscarme para que le vea.

BOBO.—Lo haré, ¡pardiez!, y me ayudaréis a enterrarlo.

PASTOR.—Este es un día venturoso, muchacho, y debemos mostrarnos agradecidos a él por buenas acciones. (*Salen.*)

ACTO CUARTO

Entra el TIEMPO, que hace de Coro

TIEMPO.—Yo, que complazco a algunos, que pongo a prueba a todos, que soy a la vez la alegría y el terror de los buenos y de los malos, el que hace y descubre el error, me conviene ahora, en mi calidad de Tiempo, usar de mis alas. No me imputéis como un crimen, a mí o a mi vuelo rápido, que me deslice sobre dieciséis años y me pase sin describir los acontecimientos de este amplio vacío, ya que está en mi poder derribar toda ley y en una sola de estas horas engendradas por mí implantar y desarraigar la costumbre. Permitidme que

(1) *Old man.* ¿Qué sabe el pastor si Antígono es un viejo? ¿Habrá errata de *old man* por *nobleman*?

sea lo que era antes que el orden social más antiguo se estableciese o que el más moderno se aceptase. Soy testigo de las épocas que los crearon; lo seré de las cosas más jóvenes que reinan ahora, y devolveré este brillo del presente tan anticuado como mi cuenta os parece hoy. Contando con vuestra indulgencia, vuelvo mi reloj de arena y hago dar un gran salto a mi drama; será como si hubierais dormido durante el interregno. Dejando a Leontes y las consecuencias de sus actos dementes, consecuencias tan desastrosas, que se ha encerrado en la soledad, imaginad, amables espectadores, que estoy ahora en la hermosa Bohemia, y acordaos de que os mencioné un hijo del rey. Le doy al presente el nombre de Florisel. Después me

apresuro a hablaros de Perdita, que ha crecido con una gracia igual a la admiración que produce. Lo que haya de ocurrirle no puedo anticipároslo; conced tan solo las noticias del Tiempo a medida que suceden. La hija de un pastor, su vida actual y sus aventuras ulteriores; he aquí el argumento de la historia que el Tiempo va a presentarnos. Concededme esta libertad si os ha sucedido alguna vez emplear peor vuestras horas. Si no os ha acontecido, el Tiempo mismo os lo dice: desea que en el porvenir nunca las empleéis peor. (Sale.)

ESCENA PRIMERA

Bohemia.—Aposento en el palacio de Políxenes

Entran POLÍXENES y CAMILO

POLÍXENES.—Por favor, buen Camilo, no insistas más. Negarte alguna cosa es para mí un sufrimiento; concederte esto, sería una muerte.

CAMILLO.—Hace quince años que no he visto mi patria. Aunque haya respirado el aire de fuera durante la mayor parte de mi vida, deseo que mis huesos descansan en mi país. Además, el rey, arrepentido, mi señor, ha enviado a buscarme. Podría llevar tal vez algún alivio a los pesares de su corazón, o, a lo menos, tengo la pretensión de imaginármelo, lo que es otro motivo que espolea mi partida.

POLÍXENES.—Si me estimas, Camilo, no borres tus servicios pasados, dejándome así ahora. La necesidad que tengo de ti, tu propio mérito la ha creado. Hubiera preferido no haberte conocido jamás, a perderte de esta manera. Me has introducido en asuntos que tú solo puedes llevar a buen término. Debes, por tanto, permanecer para concluirlos, o llevarte con tu persona los servicios mismos que me has hecho. Si no los he recompensado lo suficiente, y no sabría

recompensarlos demasiado, mi único estudio consistiría en mostrarte mi reconocimiento por ellos y extraer el provecho de estrechar más aún nuestra amistad. Te suplico que no me hables más de Sicilia, de esta nación fatal; su solo nombre me flagela por el recuerdo de ese rey arrepentido, como tú le llamas, de mi real hermano, reconciliado hoy conmigo; la pérdida de cuya preciosa reina e hijos es todavía para mí una herida fresca. Dime: ¿cuándo viste al príncipe Florisel, mi hijo? Los reyes no son menos desgraciados cuando tienen vástagos indignos de ellos que cuando los pierden después de haber comprobado sus virtudes.

CAMILLO.—Señor, hace tres días que no he visto al príncipe. Cuáles sean sus ocupaciones favoritas, lo ignoro. Pero he tenido ocasión de advertir muchas veces que desde hace algún tiempo se ausenta frecuentemente de la Corte y se muestra menos asiduo que antes a los ejercicios que convienen al hijo de un rey.

POLÍXENES.—He hecho la misma observación, Camilo, y con cierta inquietud; a tal extremo, que tengo espías a mi servicio para que vigilen sus pasos durante sus ausencias; por ellos he sabido que apenas sale de la casa de un pastor muy rústico, un hombre, dicen, que, con gran asombro de sus vecinos, se ha elevado de la nada a un estado de increíble comodidad.

CAMILLO.—Señor, he oído hablar de un hombre de ese género, que tiene una hija de una distinción muy rara y cuya celebridad se ha extendido más lejos de lo que podría esperarse de una reputación comenzada en semejante choza.

POLÍXENES.—Lo que me dices forma asimismo parte de mis noticias; pero temo el anzuelo que atrae allí a nuestro hijo. Tú nos acompañarás a ese lugar; nos disfrazaremos sin aparecer como somos, e interrogaremos al pastor. No ha de sernos difícil, creo, obtener de su simplicidad la causa de las frecuentaciones de mi hijo. Te lo ruego, sé por el

momento mi asociado en este asunto y da de lado al pensamiento de Sicilia.

CAMILLO.—Obedezco gustosamente vuestras órdenes.

POLÍXENES.—¡Mi excelente Camilo! ¡Tenemos que disfrazarnos! (Salen.)

ESCENA II

El mismo lugar.—Un camino junto a la cabaña del pastor

Entra AUTÓLICO, cantando

AUTÓLICO.

Cuando los narcisos comienzan a apuntar, con el ¡hurra!, la ramera, sobre el valle, viene entonces lo más dulce del año, pues la sangre roja triunfa sobre la palidez del invierno.

La sábana blanca blanquea en el cercado, con el ¡hurra!, las lindas aves, ¡oh cómo cantan!, me da dentera de robo, pues un cuartillo de cerveza es un plato de rey. La alondra, que canta tira-lirá, con el ¡hurra!, con el ¡hurra!, el tordo y el [grajo] son canciones de estío para mí y mis tías (1). mientras nosotros nos revolcamos sobre el heno.

He servido al príncipe Florisel, y en mi tiempo he llevado terciopelo; pero ahora estoy fuera del servicio. (Canta.)

Mas ¿lloraré por esto, amada mía? La pálida luna brilla de noche, y cuando vago aquí y allá es cuando voy muy derecho.

Si los caldereros tienen permiso para vivir y llevar el zurrón en piel de cerda, entonces bien puedo establecer mi cuenta y confesarla en los cepos.

Trafico en sábanas; cuando el milano ha hecho su nido, mirad la ropa blanca menuda. Autólico me llamó mi pa-

(1) *Aunts*, en el texto, que aquí vale *birds*, "alcahuetas". En nuestros clásicos, aparece también algunas veces la voz *tía* con la significación de alcahueta.

dre, que, habiendo sido, como yo, dado a luz bajo la influencia de Mercurio, fue igualmente un ratero de bagatelas sin importancia. Gracias a los dados y a las mujercillas he adquirido esta caparazón, y es mi renta la trampa boba. Las horcas y las palizas que se arriesgan sobre los caminos reales son demasiado impotentes para mí, la idea de ser apaleado y llevado a la horca me aterroriza. En cuanto a la vida futura, duermo en mi su pensamiento... ¡Una presa! ¡Una presa!

Entra el BOBO

BOBO.—Veamos; cada once corderos dan veintiocho libras de lana; cada veintiocho libras hacen una libra esterlina y algunos chelines. Mil quinientos corderos trasquilados, ¿qué suma hacen de lana?

AUTÓLICO.—(Aparte.) Si el lazo es sólido, el gallo es mío.

BOBO.—Es un cálculo que no puedo hacer sin calculador. Veamos. ¿Qué es lo que tengo que comprar para nuestra fiesta de la esquila de los corderos? (Lee.) «Tres libras de azúcar, cinco libras de pasas de Corinto; arroz...» ¿Qué querrá hacer mi hermana con el arroz? Poco importa, ya que mi padre la ha nombrado ordenadora de la fiesta, y ella lo pone en lista. Me ha confeccionado veinticuatro ramilletes para los trasquiladores, todos cantores a tres partes, y de los buenos; pero la mayoría son tenores y bajos. Entre ellos no hay más que un puritano, y este canta salmos sobre aires de cornamusa. Me falta azafrán para dar color a nuestros pasteles de peras, macis, dátiles... No, no es necesario; esto no está en mi nota. (Lee.) «Nueces moscadas, siete; una raíz o dos de jengibre.» Pero esto puedo pedir que se me dé. «Cuatro libras de ciruelas y otras tantas de uvas secas al sol.»

AUTÓLICO.—(Revolcándose en el suelo.) ¡Oh, si no hubiera nunca nacido!

BOBO.—¡Por vida mía!

AUTÓLICO.—¡Oh, auxiliadme, auxiliadme! ¡Quitadme solo estos harapos, y luego la muerte, la muerte!

BOBO.—¡Ay pobre infeliz! Más bien necesitas que te añadan otros harapos y no que te quiten los que tienes.

AUTÓLICO.—¡Oh señor! Su esquerrosidad ofende más que los golpes que he recibido, y eso que fueron duros y se cuentan por millones.

BOBO.—¡Ay pobre infeliz! ¡Un millón de golpes debe de hacer una cuenta pesada!

AUTÓLICO.—He sido robado y golpeado, señor. Se llevaron mis vestidos y mi dinero y pusieronme estos pingos detestables.

BOBO.—¿Quién fue? ¿Un caballero, o un peatón?

AUTÓLICO.—Un peatón, señor, un peatón.

BOBO.—En efecto; debe de haber sido un peatón, a juzgar por los vestidos que te ha dejado. Si esa es la ropa de un caballero, ha visto muy cálidos servicios. Dame la mano y te ayudaré. Vamos, dame la mano. *(Le ayuda a levantarse.)*

AUTÓLICO.—¡Oh, cuidadosamente, mi buen señor! ¡Oh!

BOBO.—¡Ay pobre alma!

AUTÓLICO.—¡Oh mi buen señor! Con cuidado, mi buen señor. Temo, señor, que tenga dislocado el omóplato.

BOBO.—¿Qué es eso? ¿No puedes tenerle en pie?

AUTÓLICO.—Con cuidado, mi querido señor. *(Se registra los bolsillos.)* Mi buen señor, con cuidado. Me habéis hecho un servicio caritativo.

BOBO.—¿Necesitas algún dinero? Tengo un poco de dinero a tu disposición.

AUTÓLICO.—No, mi bueno y amable señor. No, señor, os lo ruego. Tengo un pariente, a casa del cual iba, que no está a tres cuartos de milla de aquí. Él me dará dinero y todas las cosas que necesite. ¡No me ofrezcáis dinero, os lo suplico! Esto me parte el corazón.

BOBO.—¿Qué clase de hombre es el que te ha robado?

AUTÓLICO.—Una buena alhaja, señor, a quien he conocido buhonero del juego del boliche (1). Le conocí antes como sierviente del príncipe. No podría decir, señor, por cuál de sus virtudes; pero en verdad, ha sido arrojado de la Corte a latigazos.

BOBO.—Por cuál de sus vicios, querrás decir. No hay virtud que se arroje de la Corte a latigazos. En la Corte se acaricia a la virtud para hacer que quede allí, y, sin embargo, con gran trabajo consiente en permanecer.

AUTÓLICO.—De sus vicios querría decir, señor. Conozco perfectamente a ese hombre; ha sido luego exhibidor de monos, después un pica-pieles, un bailarín; más tarde obtuvo permiso para un retablo de muñecos con la historia del Hijo Pródigo, y se casó con la mujer de un calderero a una milla de donde radican mis tierras y mis bienes; y en fin, tras haber pasado por diversas profesiones de pícaros, ha tomado solo la de bribón. Algunas personas le llaman Autólico.

BOBO.—¡Mala peste le coja! ¡Ratero, por vida mía, ratero! Ronda las romerías, las ferias y los combates de osos.

AUTÓLICO.—Muy cierto, señor; el mismo, señor; ese es el granuja que me ha puesto en este traje ridículo.

BOBO.—No hay un bellaco más cobarde en toda Bohemia. Con solo que le hubierais mirado abriendo mucho los ojos y le hubierais escupido, se habría dado a la fuga.

AUTÓLICO.—Debo confesaros, señor, que no soy hombre de armas tomar; me falta valor por ese lado, y esto lo sabía él. Os lo garantizo.

BOBO.—¿Cómo os sentís ahora?

AUTÓLICO.—Mi amable señor, mucho mejor que antes; puedo tenerme en pie y marchar. De manera que tomo licencia de vos e iré pasito a paso a casa de mi pariente.

(1) *Troll-my-danes*, en el texto. Justamente el juego de boliche, que consiste en hacer pasar bolitas de marfil por ciertos aros numerados.

BOBO.—¿Quieres que te lleve hasta el camino?

AUTÓLICO.—No, arrogante señor; no, querido señor.

BOBO.—En ese caso, que te vaya bien. Voy a comprar especias para nuestra fiesta de la esquila de los corderos.

AUTÓLICO.—Os deseo toda clase de prosperidades, simpático señor. *(Sale BOBO.)* Vuestra bolsa no está lo bastante caliente para comprar especias. Me reuniré con vos en vuestra fiesta de la esquila de los corderos. Si a este escamoteo no sucede otro, si de los trasquiladores no hago borregos, no quiero pertenecer al mundo de los rateros y deseo que mi nombre se inscriba en el libro de la virtud. *(Cantando.)*

Trotemos, trotemos por el sendero,
y tomémoslo alegremente.

Un corazón feliz y todo el día,

un corazón triste está fatigado al cabo de una [milla.

(Sale.)

ESCENA III

El mismo lugar.—Prado delante de la cabaña del pastor

Entran FLORISEL y PERDITA

FLORISEL.—Esos vestidos, a que no estáis acostumbrada, os transforman. No sois ya una pastora, sino Flora asomando en la frente de abril. Vuestra fiesta de la esquila de los corderos es como una reunión de semidioses, de que sois la reina.

PERDITA.—Señor, mi gracioso señor, no me cumple reñiros por la exageración de vuestras alabanzas. ¡Oh, perdón por hablar así! Vuestra alta personalidad, que constituye la admiración del país, la habéis disminuido al vestiros con traje de pastor; mientras yo, pobre doncella de humilde condición, estoy vestida co-

mo una diosa. Si nuestras fiestas no admitiesen la locura como plato y si nuestros convidados no lo dirigieran por costumbre, enrojecería al veros vestido de esa manera. Habéis jurado, creo, ser como un espejo, para recordarme cómo debo ir puesta.

FLORISEL.—Bendito el día en que mi buen halcón tendió su vuelo a través del campo de tu padre.

PERDITA.—Ahora quiera Júpiter daros razón. En lo que concierne, la diferencia de nuestros linajes me aterroriza. ~~Vuestra grandeza no cenece el temor.~~ A cada instante tiemblo ante la idea de que vuestro padre podría, por una casualidad, pasar como vos por aquí. ¡Oh los hados! ¿Qué pensaría al ver su noble hijo ligado a tanta inferioridad? Y ¿cómo podría yo, bajo este aderezo prestado, soportar la severidad de su presencia?

FLORISEL.—No pienses más que en estar contenta. Los dioses mismos, humillando su divinidad ante el amor, han tomado forma de animales. Júpiter se transformó en toro y rugió; el verde Neptuno cobró la figura de un morueco y baló; y el dios de traje de fuego, el rubicundo Apolo, los rasgos de un simple pastor, como yo ahora. Jamás sus metamorfosis tuvieron por excusa una belleza tan rara como la tuya, ni una intención tan casta, porque mis deseos están contenidos por mi honor, y mi pasión no se halla inflamada sino por mi fe.

PERDITA.—¡Oh mi querido señor! Vuestra resolución será insostenible cuando a ella se oponga, como tiene que suceder, la autoridad del rey. Ocurrirá entonces, o que vos renunciáis a vuestro propósito, o que yo renuncio a vivir.

FLORISEL.—Mi muy cara Perdita, te suplico que no entristezcas la alegría de esta fiesta con pensamientos que no son sino suposiciones. O seré de ti, hermosa mía, o no seré de mi padre, pues no puedo pertenecer ni a mí ni a otros si no te pertenezco. Y en esto seré sumamente constante, aunque el Destino diga que

no. ¡Muéstrate alegre, mi gentil! Ahoga semejantes pensamientos con aquello que atraiga tus ojos.

Y ~~este matrimonio que hemos jurado~~ los dos que ha de venir.

PERDITA.—¡Oh dama Fortuna! ¡Sednos propicia!

FLORISEL.—Mirad, vuestros convidados se acercan. Preparaos a recibirlos alegremente, y rojee nuestro rostro con el regocijo.

Entran el PASTOR con POLIXENES y CAMILO, disfrazados; el BOBO, MOPSA, DORCAS y otros

PASTOR.—¡Qué vergüenza, hija mía! Cuando vivía mi anciana esposa, en tal día como hoy era pantera, repostera y cocinera, dama y criada a un tiempo. Daba la bienvenida a todos, a todos servía. Entonaba su canción y bailaba a su vez. Tan pronto aquí, a la testera de la mesa, como en medio; ya junto al hombre de este, ya junto al de aquel. La fatiga encendía su cara, y si bebía alguna cosa para extinguirla, era tomando un sorbo de cada uno. Vos os retraéis como si fuerais una invitada y no la huésped de esta reunión. Por favor, desead la bienvenida a estos amigos desconocidos; pues el modo de hacernos mejores amigos es conocernos más. Vamos, no os ruboricéis y mostrad lo que sois: la señora de esta fiesta. Acoged a vuestros trasquiladores si queréis que prospere vuestro rebaño.

PERDITA.—(A POLIXENES.) Bien venido seáis, señor. Mi padre quiere que liene hoy las funciones de huésped. (A CAMILO.) Sed bien venido, señor. Dadme aquellas flores, Dorcas. Señor, he aquí para vos romero y ruda. Son flores que conservan su forma exterior y su perfume todo el invierno. La gracia y el recuerdo sean con ambos. Y la bienvenida a nuestros trasquiladores.

POLIXENES.—Zagala, pues sois una lin-

da zagala, tenéis razón al ofrecer flores de invierno a personas de nuestra edad.

PERDITA.—Señor, cuando el año se adelanta, y no estamos aún en la muerte del estío ni en el nacimiento del tembloroso invierno, las flores más lindas de la estación son los claveles y las clavellinas jaspeadas, que algunos llaman las bastardas de la Naturaleza. Se halla falto de esta especie nuestro rústico jardín, y yo apenas me cuido de obtener vástagos de ellas.

POLIXENES.—¿Por qué las desdeñáis, gentil doncella?

PERDITA.—Porque he oído decir que hay un arte que consiste en producir flores con una variedad de colores tan grande como la Naturaleza misma.

POLIXENES.—Existe; pero la Naturaleza no ha sido mejorada jamás sino por ella. Este arte que, según vos, perfecciona la Naturaleza, es un arte que la Naturaleza ha creado. Así, veis, dulce doncella, que unimos el injerto, el tallo más gentil al esqueje más salvaje y hacemos reproducir de la corteza más común un brote de la más noble especie. El arte que corrige así la Naturaleza, o más bien que la transforma, es siempre la Naturaleza.

PERDITA.—En efecto.

POLIXENES.—Por consiguiente, enriqueced vuestro jardín con clavellinas y no las calificuéis de bastardas.

PERDITA.—Yo no pondré en la tierra el almocafre para plantar con él un esqueje de ellas. Es más, si yo llevara afeites, no quisiera que este joven me admirara y sintiera el deseo de hacerme madre. He aquí flores para vos: la ardiente alhucema, menta, ajedrea, almoraduj; la caléndula, que se acuesta con el sol y, llorando, se levanta con él. Son flores del medio verano, y creo que las que se dan a los hombres de una edad media. ¡Sed muy bien venidos!

CAMILLO.—Me olvidaría de pacer si formara parte de vuestro rebaño, y pasaría la vida en vuestra contemplación.

PERDITA.—¡Quitad! ¡Ay! Os pondría

tan flaco que los cierzos de enero os horadarían de parte a parte. (A FLORISEL.)

En cuanto a vos, mi más bello amigo, desearía tener algunas flores primaverales, como adecuadas a vuestra juventud. (A los Aldeanos.) También quisiera tenerlas para vosotros. (A las Aldeanas.) Y para vosotras, que sobre vuestras ramas inmaculadas lleváis vuestras virgindades en capullo. ¡Oh Proserpina! ¡Que no tenga a mi disposición las flores que, en tu espanto, dejas caer del carro de Plutón! ¡Los narcisos, que preceden a las intrépidas golondrinas y cuya belleza cautiva a los vientos de marzo! ¡Las violetas, oscuras, pero más deliciosas que las pupilas de Juno o el aliento de Citera! ¡Las pálidas primaveras, que mueren vírgenes antes de haber podido contemplar el brillante sol en toda su fuerza, enfermedad frecuente entre las vírgenes! ¡La orgullosa primula y la corona imperial! ¡Lirios de todas clases, de que forma parte la flor de lis! (A FLORISEL.) ¡Oh, me faltan de estas para haceros guirnalda y cubriros todo entero, mi dulce amigo!

FLORISEL.—¡Cómo! ¿Semejante a un cadáver?

PERDITA.—¡No; como un lecho donde se reclina y juguetea el amor! ¡No como un cadáver, sino... como un cuerpo vivo que tuviera por turba mi seno! Vamos, tomad vuestras flores. Me parece representar una pastoral de Pentecostés. ¡Seguramente el vestido que llevo es lo que cambia así mi carácter!

FLORISEL.—Lo que hacéis es siempre mejor de lo que habéis hecho. Cuando habláis, amada mía, quisiera que hablaseis siempre; cuando cantáis, quisiera que cantaseis comprando, que cantaseis vendiendo, que cantaseis distribuyendo limosnas, murmurando plegarias, ocupándoos de vuestros asuntos. Cuando bailáis, siento que no seáis una onda, para bailar siempre, sin conocer otra función. Vuestra manera de obrar es tan singular, tan especial, corona tan bien cada uno

de vuestros actos, que todas vuestras acciones son reinas.

PERDITA.—¡Oh Doricles! Vuestros elogios serían exagerados si vuestra juventud y la pureza de la sangre generosa que la nutre no descubrieran en vos la inocencia de un pastor. De otro modo, mi Doricles, la discreción me haría temer que pretendáis ganarme por mal camino.

FLORISEL.—Y al suponerlo, estaríais tan lejos de la verdad como yo de querer alabaros. Pero vamos; nuestro baile, por favor. Vuestra mano, Perdita. Somos dos tórtolos que nunca se separarán.

PERDITA.—En lo que me concierne, lo juraría.

POLIXENES.—Entre las muchachas de baja extracción, he aquí la más linda que haya corrido jamás sobre el césped. Todo cuanto hace o dice deja suponer que está por encima de su condición y que es demasiado noble para este lugar.

CAMILLO.—Algo le dice él que la hace ruborizarse. Por mi fe, es la reina de las majadas y de la crema.

BOBO.—¡Vamos, tocad!

DORCAS.—Si Mopsa ha de ser nuestra pareja, ¡pardiez!, comed ajos para que sus besos sepan menos fuertes.

MOPSA.—Aceptado, en buena hora.

BOBO.—¡Ni una palabra, ni una sola! Conservamos nuestra compostura. ¡Vamos, tocad! (Música. Aquí un baile de pastores y pastoras.)

POLIXENES.—Decidme, os suplico, buen pastor: ¿quién es aquel lindo zagal que baila con vuestra hija?

PASTOR.—Se llama Doricles. Se jacta de poseer un pasturaje digno de la fortuna de mi hija. Es él quien lo dice, mas yo le creo, pues tiene el aire sincero. Pretende a mi hija. Lo creo también, porque jamás la luna se miró en el agua como él se detiene a leer en los ojos de mi hija. En fin, si hubiera de establecerse una comparación entre su amor recíproco, no habría la diferencia de medio beso.

POLIXENES.—La niña baila maravillosamente.

PASTOR.—Todo lo hace a maravilla, aunque hablo de lo que debiera callarse. Si el joven Doricles se casa con ella, ella le dará alguna cosa con que no sueña.

Entra un CRIADO

CRIADO.—¡Oh amo! Si oyeseis al buhonero en la puerta, no querríais bailar nunca al son del tamboril y el caramillo. No, no; la cornamusa no os haría ya ningún efecto. Entona diversas canciones más pronto que vos contáis mi dinero. Las tararea como si hubiese comido baladas, y los hombres se vuelven todo orejas para oírle.

BOBO.—No podéis elegir mejor momento. Hacedle entrar. Me gustan las baladas cuyo tema y cuya música son alegres, o una canción regocijada en un tono lamentable.

CRIADO.—Tiene canciones para hombres o para mujeres, de todas clases. No hay modista que ponga tan bien los guantes a su parroquia. Lleva los más lindos romances de amor para las doncellas, y sin palabras licenciosas, lo que es extraño; delicados estribillos de «dil dos» y «fadings», con «sáltala», «pégala»; y en el momento en que algún chocarrero desbocado quisiera, como si dijéramos, hallar qué censurar, interpretar mal la cosa, él hace responder a la doncella: «¡Húchoho, no me hagas daño, buen hombre!»

POLIXENES.—¡Es un bravo camarada!

BOBO.—Créeme, hablas de un mozo admirablemente dotado. ¿Lleva mercancías nuevas?

CRIADO.—Lleva cintas de todos los colores del arco iris y más puntillas que puntos pueden tocar sabiamente todos los leguleyos de Bohemia, aunque vengan en gran número: cenefas, filadices, batisas, linoles. ¡Pardiez!, canta las cosas que vende como si fueran dioses o diosas. Pensaríais que una camisa de mujer es un ángel femenino, a fuerza de oírle celebrar las mangas y el trabajo de ribeteo.

BOBO.—Por favor, introdúcele, y que se acerque cantando.

PERDITA.—Prevenle que no use palabras inconvenientes en sus canciones. (*Sale el CRIADO.*)

BOBO.—Hay buhoneros que valen más de lo que pensáis, hermana.

PERDITA.—O más bien, buen hermano, de lo que me inclino a pensar.

Entra AUTÓLICO, cantando

AUTÓLICO.

Linón tan blanco como la nieve que cae, purato negro como nunca fue el cuervo, guantes tan perfumados como la rosa de Damas, antifaces para la cara y la nariz, [co, brazaletes de abalorios, collares de ámbar, perfumes para el gabinete de las damas, cofias de oro y pecheras, para que los galanes obsequien a sus amadas, alfileres y plegados de acero, todo lo que las mozas necesitan de cabeza a

¡Venid a comprarme, venid; venid a comprar, [talón. [venid a comprar!
¡Comprad, muchachos, o vuestras muchachas van a llorar!
¡Venid a comprar!

BOBO.—Si no estuviera en amores con Mopsa, no me sacabas a mí el dinero; pero esclavizado por ella como estoy, esclavos suyos han de ser algunas cintas y guantes.

MOPSA.—Me fueron prometidos antes de la fiesta; pero nunca vendrán demasiado tarde.

DORCAS.—Os había prometido más que esto, o hay mentirosos.

MOPSA.—A vos os ha dado más de lo prometido; más quizá de lo que debiera haberos dado; algo que tendríais vergüenza en devolverle.

BOBO.—Pero ¿es que no tienen ya modales las muchachas? ¿Llevarán su guardapiés donde debían llevar su cara? ¿No tenéis, a la hora del ordeño, a la hora de acostar, a la de ir al horno, tiempo bastante para contaros estos secretos? ¿Pero preferís cotorrear delante de nues-

tros huéspedes! ¡Fortuna que ellos están parlotando también! ¡Poned sordina a vuestras lenguas, y ni una palabra más!

MOPSA.—He acabado; pero conste que me prometisteis un pasamano vistoso y un par de guantes perfumados.

BOBO.—¿No te dije que me habían desvalijado en el camino y que había perdido todo mi dinero?

AUTÓLICO.—En efecto; hay rateros por los contornos y es prudente andar ojo alerta.

BOBO.—No temas, hombre; aquí no te robarán nada.

AUTÓLICO.—Así lo espero, señor, pues llevo encima muchos paquetes de mercancía.

BOBO.—¿Qué tienes ahí? ¿Baladas?

MOPSA.—Por favor, cómprame alguna. Me gustan las baladas impresas, como esas, pues estamos seguros de que son verdad.

AUTÓLICO.—He aquí una, de un tono doliente; de cómo la mujer de un usurero parió veinte sacos de dinero a la vez; y de cómo ansió comer cabezas de víboras y escuerzos en carbonada.

MOPSA.—¿Creéis que sea verdad?

AUTÓLICO.—¡Y tan verdad! Hace menos de un mes.

DORCAS.—¡Libreme Dios de casarme con un usurero!

AUTÓLICO.—Aquí dice el nombre de la comadrona, una tal doña Chiñmosa, y el de cinco o seis mujeres honradas que estaban presentes. ¿Por qué había yo de divulgar mentiras?

MOPSA.—Por favor, compradla ahora.

BOBO.—Vaya, echadla a un lado, y enseñadnos más baladas aún; compraremos después otros artículos.

AUTÓLICO.—He aquí otra, la de un pez que apareció sobre la costa un viernes veinticuatro de abril a cuarenta mil brazas por debajo del agua y cantó esta balada contra las doncellas de corazón empedernido. Créese que era una mujer transformada en pez frío por no haber querido cambiar su carne con la de un

hombre que la amaba. Esa balada es tan emocionante como verdadera.

DORCAS.—¿Pensáis también que sea verdad?

AUTÓLICO.—Cinco jueces lo han certificado por escrito. En cuanto a los testimonios, hay más de los que podría encerrar mi fardo.

BOBO.—Echadla a un lado también. Otra.

AUTÓLICO.—Esta es una balada alegre, pero no de las más lindas.

MOPSA.—Hay que comprar algunas alegres.

AUTÓLICO.—¡Pardiez!, esta es para morir de risa, y se canta con el tonillo de «Las dos doncellas que pretendían a un hombre». No hay en todo el Oeste doncella que no la cante. Me la piden mucho, os lo aseguro.

MOPSA.—Dorcas y yo podemos cantarla. Si llevas una parte, la oiréis. Está a tres partes.

DORCAS.—Nosotras hemos aprendido el tono hace más de un mes.

AUTÓLICO.—Puedo llevar mi parte. Sabéis que es mi ocupación. Estoy a vuestras órdenes.

CANCION

AUTÓLICO.

Id allá, que debo marcharme a un sitio en que no me conozcáis.

DORCAS.

¿Dónde?

MOPSA.

¡Oh! ¿Dónde?

DORCAS.

¿Dónde?

MOPSA.

Conviene que mantengas el juramento que me de contarme todos tus secretos. [haz hecho

DORCAS.

Yo también; déjame ir allá.

MOPSA.

O vas a la granja o al molino.

DORCAS.

Si vas a la una o al otro, haces mal.

AUTÓLICO.

Ni a la una ni al otro.

DORCAS.

¡Cómo! ¿Ni a la una ni al otro?

AUTÓLICO.

Ni a la una ni al otro.

DORCAS.

Has jurado ser mi amante.

MOPSA.

Tú me juraste a mí más.
Así, pues, dímelo: ¿adónde vas?

BOBO.—En seguida nos hallaremos como en esta canción. Mi padre y los caballeros están de conversación seria. No los interrumpamos. Vamos, enséñame tu mercancía. Muchachas, voy a hacer compras para las dos. Buhonero, que tengamos cosas de primera clase. Seguidme, niñas. (Sale con DORCAS y MOPSA.)

AUTÓLICO.—¡Y os las haré pagar bien! (Cantando.)

¿Queréis comprar trencilla o encaje para vuestro manto, paloma delicada (1), amada mía? ¿Algo de seda, algo de hilo, alguna fruslería para la cabeza?

(1) *My dainty duck*. Literalmente, *duck* significa "ánade". Pero en inglés la expresión *My duck* quiere decir "¡Paloma mía!"¡De lo más nuevo y fino, del más fino uso!
¡Venid al buhonero!
El dinero es un entremetido,
que adquiere todas las mercancías.

Vuelve a entrar el CRIADO

CRIADO.—Amo, aquí hay tres carreteros, tres pastores, tres boyeros y tres porqueros que se han cubierto de pelo, se dan el nombre de «sátiros» y ejecutan un baile que las muchachas llaman un galimatías de brincos, porque ellas no pueden tomar parte en él; pero convienen en que, si ese baile no pareciera demasiado rudo a las personas acostumbradas a bailar de un modo más tranquilo, agradaría sobre manera.

PASTOR.—¡Atrás! ¡No queremos oír hablar de ello! Bastantes locuras se han hecho aquí ya. Advierto que os fatigamos, señor.

POLÍXENES.—No fatigáis sino a los que nos distraen. Por favor, dejad que veamos esos cuatro tríos de zagales.

CRIADO.—Tres de ellos, señor, según dicen, han bailado delante del rey; y el peor de los tres solo salta doce pies y medio.

PASTOR.—Dejad vuestra charlatanería. Puesto que es del gusto de estos buenos hombres, que pasen, pero que sea inmediatamente.

CRIADO.—¡Pardiez!, señores; esperan en la puerta. (Sale.)

Vuelve a entrar el CRIADO con nueve Rústicos en traje de sátiros. Ballan y luego salen

POLÍXENES.—(Al PASTOR.) ¡Oh padre! En lo sucesivo sabréis de esto más. (A CAMILO.) ¿No ha ido la cosa demasiado lejos?... Es tiempo de separarlos... (A FLORISEL.) ¿Qué hay, lindo zagal? ¿Vuestro corazón rebosa de algo que os impide estar en la fiesta? A fe que cuando yo era joven y estrechaba las manos de mi adorada, como vos en este momento, tenía por costumbre colmarla de bara-

tijas. Saqueaba el tesoro de sedas del buhonero y las esparcía para que las aceptase. Habéis dejado partir al buhonero sin comprar nada. Si vuestra moza interpretase mal vuestra reserva, hallaría una falta de amor o de generosidad, y os veríais apurado en la contestación, a lo menos si intentábais portaros bien con ella.

FLORISEL.—Anciano señor, sé que ella no da valor alguno a esas niñerías. Los dones que ella quiere obtener de mí están acumulados, encerrados en mi corazón. Ya le he hecho presente de ellos, sin entregarme. (A PERDITA.) ¡Oh! ¡Dejadme desahogar mi corazón (1) ante este anciano señor, que parece haber conocido el amor un tiempo! ¡Tomo tu mano, esta mano tan suave como la pluma de una paloma, tan blanca como ella, o los dientes de un etíope o la nieve dos veces ahechada por los vientos del Norte!

POLÍXENES.—¿Y qué viene después? ¡Qué graciosamente parece que baña el joven zagal esa mano, ya de suyo tan limpia!... Os he interrumpido. Pero vamos a vuestras protestas. Permitidme que oiga lo que os proponéis.

FLORISEL.—Sea y sed testigo de ello.

POLÍXENES.—Y mi vecino también.

FLORISEL.—Ante él y más que él, ante los hombres, la tierra, el cielo, todo, juro que si llevara la corona del monarca más poderoso y la hubiese merecido más que nadie; si fuera el más arrogante mancebo que hubieran contemplado los ojos; si poseyese más vigor y conocimientos que ningún hombre, no daría valor a estos bienes sin el amor de ella. Por ella los emplearía todos, y los aceptaría o rechazaría, según fueran o no convenientes a su felicidad.

POLÍXENES.—He aquí un bello ofrecimiento.

CAMILO.—Y que muestra una profunda afección.

(1) *O hear me breathe my life!* Literalmente: "Oídmeme exhalar mi vida", o parafraseando: "Oídmeme concentrar en mis palabras la esencia de mi vida."

PASTOR.—Pero, hija mía, ¿no decís vos otro tanto?

PERDITA.—No puedo hablar tan bien ni con mucho; no, ni pensar mejor. Mido la pureza de sus sentimientos por la de los míos.

PASTOR.—Daos la mano. Asunto hecho. Y sed testigos vosotros, amigos desconocidos. Le entrego mi hija y la doto con una parte igual a la suya.

FLORISEL.—¡Oh! ¡No quiero otra cosa sino su virtud! Después de muerto quien sé, tendré una fortuna que rebasará vuestros sueños lo bastante para asombraros. Pero vamos. Celebremos el contrato ante estos testigos.

PASTOR.—Venga vuestra mano y la vuestra, hija mía.

POLÍXENES.—Un instante, pastor, os lo ruego. ¿Tenéis padre?

FLORISEL.—Sí; pero ¿qué importa?

POLÍXENES.—¿Está al corriente de la situación?

FLORISEL.—La ignora, y no la conocerá jamás.

POLÍXENES.—Me parece que un padre, en las bodas de su hijo, es el huésped que conviene mejor a la mesa. Escuchad aún, por favor. ¿Es vuestro padre incapaz de tratar asuntos serios? ¿La edad y agobiantes reumas le han convertido en idiota? ¿Puede hablar, oír, distinguir un nombre de otro? ¿Discutir sus intereses? ¿No está inútil en cama? ¿Ha caído en la infancia de nuevo?

FLORISEL.—No, mi buen señor; se encuentra bien de salud y está más fuerte, por cierto, que la mayor parte de los hombres de su edad.

POLÍXENES.—¡Por mi barba blanca, le inferís, entonces, un ultraje indigno de un hijo! Es razón que un hijo mío escoja mujer por sí; pero no lo es menos que a mí, el padre, que pongo toda mi alegría en la esperanza de una bella posteridad, se me pida algún consejo en este asunto.

FLORISEL.—Os lo concedo; pero hay ciertas razones, mi venerable señor, que no puedo deciros y que me impiden te-

ner a mi padre al corriente de la situación.

POLÍXENES.—Hacédselas saber.

FLORISEL.—No las sabrá.

POLÍXENES.—Te lo suplico, házselas saber.

FLORISEL.—No, no debe saberlas.

PASTOR.—Haced que las sepa, hijo mío. No tendrá que afligirse de vuestra elección.

FLORISEL.—Vamos, vamos, es preciso que lo ignore. Tomad nota de nuestro contrato.

POLÍXENES.—(Descubriéndose.) ¡Tomad nota de vuestro divorcio, joven señor, a quien no me atrevo a llamar hijo! ¡Eres demasiado vil para que te reconozca! Tú, el heredero de un cetro, que así aspiras (1) a un cayado! (Al PASTOR.) En cuanto a ti, viejo traidor, sentiré, al hacerle ahorcar, que no abrevies tu vida más que por una semana. (A PERDITA.) Y tú, muestra reciente de acabada brujería, que conocías de por fuerza al regio imbecil con quien estabas en contacto.

PERDITA.—¡Oh corazón mío!

POLÍXENES.—¡Haré arañar tu belleza con zarzas y te enseñaré a no salir de tu condición! (A FLORISEL.) Volviendo a ti, insensato, si alguna vez llego a saber que suspiras por no haber vuelto a ver a esta insignificancia, y no quiero que vuelvas a verla, te excluiré de nuestra sucesión y no te reconoceremos por de nuestra sangre, no, ni ligado a por de nuestra sangre, no, ni ligado a Nos más que el hijo de Deucalión. Pesa bien mis palabras. Síguenos a la Corte. (Al PASTOR.) Tú, patán, aunque hayas incurrido en nuestro desagrado, consentiremos en desviar de ti el golpe mortal. (A PERDITA.) Y a vos, hechicera, bastante digna de un pastor, si alguna vez abris estos rústicos cerrojos para dejar entrar al que, deshonorando nuestra sangre, se hace hasta indigno de ti, o rodeas más su cuerpo con tus brazos,

(1) That thus affect'st a sheep-hook! El verbo to affect vale aquí to aim at, aspire to.

te reservaré una muerte tan cruel como tierna le has parecido. (Sale.)

PERDITA.—¡Quedo medio destruida! Pero no demasiado espantada, pues una o dos veces he estado a punto de hablar y de decirle claramente que el sol mismo que brilla sobre su palacio no esconde el rostro a nuestra cabaña, sino que lo alumbra igualmente. (A FLORISEL.) Si os place, señor, partid; os dije lo que resultaría de esto. Os lo suplico: no comprometáis vuestra situación. Ahora que he despertado de mi sueño, no quiero jugar a la reina un minuto más, sino ordeñar mis ovejas y llorar.

CAMILO.—Vamos, ¿qué dices tú, padre? Habla antes de morir.

PASTOR.—No puedo hablar ni pensar, y no me atrevo a saber lo que sé. (A FLORISEL.) ¡Oh señor! ¡Habéis perdido a un anciano de ochenta y tres años! Creía tomar tranquilamente posesión de mi tumba, morir sobre el lecho donde murió mi padre y reposar mis huesos cerca de sus honrados huesos; pero ahora será el verdugo quien me depositará allí donde ningún sacerdote venga a arrojar la paletada de tierra. (A PERDITA.) ¡Oh maldita desgraciada! ¡Sabías que era el príncipe, y te aventuras a cambiar con él juramento de amor! ¡Perdido! ¡Perdido! Si pudiera morir en este momento, hubiera vivido para morir en la hora deseada. (Sale.)

FLORISEL.—¿Por qué me miras así? Estoy desolado, pero no tengo miedo. Mis votos se retardan, pero no cambian nada. Soy el que era; tanto más dispuesto a marchar adelante, cuanto más se me haga retroceder, y decidido a no dejarme conducir en trailla contra mi voluntad.

CAMILO.—Mi gracioso señor, conocéis el carácter de vuestro padre; en este momento no os permitirá ningún discurso, y supongo que no entra en vuestros deseos insistir. Temo incluso que no soporte más vuestra presencia. No os acerquéis, por tanto, a Su Alteza hasta que se haya aplacado su cólera.

FLORISEL.—No tengo esa intención... ¿Sois Camilo, verdad?

CAMILO.—El mismo, mi señor.

PERDITA.—¿Cuántas veces os he dicho que habría de suceder esto? ¿Cuántas veces os he repetido que mi grandeza acabaría cuando este estado de cosas se supiese?

FLORISEL.—Tu grandeza no puede abandonarte más que si yo violo mi fe; y si hago esto, que la Naturaleza aplaste el seno de la tierra y corrompa dentro los gérmenes. ¡Levanta la cabeza! ¡Exclúyeme de tu sucesión, padre mío! Yo quedo heredero de mi amor.

CAMILO.—Dejaos aconsejar.

FLORISEL.—No me dejas aconsejar sino por mi pasión; si mi razón la quiere obedecer, la escucho; si no, mis sentidos, más satisfechos en su locura, le desean la bienvenida.

CAMILO.—Esas son razones desesperadas, señor.

FLORISEL.—Llamadlas así; pero como esta desesperación llena mis promesas, debo considerarla necesariamente como pura virtud. Camilo: ni por Bohemia entera, ni por toda la pompa que pueda otorgar, ni por todo lo que el sol alumbra, o todo lo que los mares profundos ocultan en los abismos ignorados, no quisiera quebrantar el juramento hecho a esta mi bella amada. Os ruego, pues, ya que siempre habéis sido el amigo honrado de mi padre, que cuando me eche de menos, porque, a fe mía, tengo intención de no volver más, vuestros buenos consejos calmen su cólera. La Fortuna y yo vamos a entrar en lucha en el porvenir. Sabedlo, y referídselo: huyo al mar con la que podría poseer en tierra. Felizmente para las circunstancias en que nos hallamos, tengo anclado un navío cerca de aquí, que no estaba preparado sino para este proyecto. En cuanto al rumbo que me propongo seguir, nada ganaréis con saberlo, ni me concierne a mí decíroslo.

CAMILO.—¡Oh mi señor! Quisiera que vuestro espíritu fuera más accesible a

los consejos o más enérgico para afrontar vuestros peligros.

FLORISEL.—Escucha, Perdita. (La lleva aparte.) En seguida hablaré con vos. (A CAMILO.)

CAMILO.—Es inquebrantable en su resolución de huir. Sería feliz ahora si pudiera hacer que sirviera su fuga a mis designios; si, salvándole del peligro y dándole una prueba de amor y de respeto, pudiera comprar a este precio la alegría de contemplar aún mi querida Sicilia y a aquel desventurado rey, mi señor, a quien ansío tanto ver.

FLORISEL.—Ahora, mi buen Camilo, estoy tan ocupado en asuntos importantes, que os abandono sin ceremonia.

CAMILO.—Señor, supongo que habréis oído hablar de mis modestos servicios y del afecto que he sentido siempre por vuestro padre.

FLORISEL.—Le habéis servido muy notablemente. La música de mi padre consiste en hacer sonar la alabanza de vuestras acciones; y no es la menos de sus solicitudes haberlas recompensado según su mérito.

CAMILO.—Pues bien, señor; si os place pensar que amo al rey, y por él lo que le es más cercano, es decir, vuestra graciosa persona, aceptad siquiera mi dirección si vuestra resolución importante y definitiva puede sufrir algunas modificaciones. Por mi honor, os dirigiré hacia un país donde recibiréis la acogida que conviene a Vuestra Alteza; donde podréis gozar del amor de vuestra adorada, de quien, bien lo ved, nada puede separaros, a no ser, ¡y de ello nos libre Dios!, vuestra ruina; donde podréis casaros con ella y donde, con la ayuda de mis esfuerzos en ausencia vuestra, podréis trabajar en aplacar a vuestro padre y en arrancarle su aprobación.

FLORISEL.—¿Cómo podría obtenerse ese resultado, que sería casi un milagro, Camilo? Dímelo, para que en el porvenir te dé un nombre más alto que el de

hombre y te conceda por siempre mi confianza.

CAMILO.—¿Habéis pensado en el lugar adonde vais a dirigiros?

FLORISEL.—Todavía no; pero así como este accidente imprevisto es culpable de la resolución extrema que tomamos, así también en el futuro nos resignaremos a ser esclavos del azar y juguetes de todos los vientos que soplen.

CAMILO.—Entonces, oídmeme. He aquí lo que hay que hacer, si no queréis cambiar de proyecto y si persistís en huir. Dirigíos hacia Sicilia; presentaos allí vos y vuestra hermosa princesa, pues veo que está destinada a serlo, ante Leontes; ella será tratada como conviene a la compañera de vuestro lecho. Dijera que veo a Leontes recibiros con los brazos abiertos; que vierte sobre vuestro corazón sus votos de bienvenida con sus lágrimas; que os pide perdón a vos, el hijo, como si fuerais vuestro padre; que besa las manos de vuestra joven princesa; que se reparte y se reparte más entre el recuerdo de su pasada crueldad y el sentimiento de su afección presente; que arroja el uno a los infiernos, reprendiéndolo, y ordena al otro que crezca más rápido que el pensamiento o el tiempo.

FLORISEL.—Digno Camilo, ¿qué color daré yo a mi visita cuando me halle en su presencia?

CAMILO.—Decidle que sois enviado por el rey vuestro padre a saludarle y llevarle consuelos. Señor, yo os extenderé por escrito la manera como debéis conducirlos respecto de él y los discursos que debéis pronunciar como provenientes de vuestro padre, discursos que versarán sobre hechos conocidos por nosotros tres. Estas indicaciones os marcarán lo que tenéis que decir en cada entrevista; de suerte que no podrá menos de creer que lleváis pleno permiso de vuestro padre para hablar así y que le expresáis su mismo corazón.

FLORISEL.—Os quedo muy obligado. Hay recursos en esa idea.

CAMILO.—Es una determinación infinitamente preferible a la que os obligaría a abandonaros temerariamente a mares inexplorados, a riberas desconocidas y que os condenarían a infortunios demasiado numerosos sin aguardar otro auxilio sino el recurso de volver a acogeros a una nueva esperanza cada vez que os vierais forzado a abandonar una precedente; no teniendo de sólido sino vuestras anclas, cuyo mayor servicio sería reteneros donde sintierais horror de permanecer. Por ende, vos lo sabéis, la prosperidad es el verdadero lazo de los enamorados, pues la aflicción altera a la par el frescor de la tez y los sentimientos.

PERDITA.—Una de esas cosas es cierta. Yo creo que la aflicción puede marchitar las mejillas, pero no abatir el amor.

CAMILO.—¿Sí? ¿Es así como pensáis? De aquí a siete años no nacerá en la morada de vuestro padre una hija semejante a vos.

FLORISEL.—Mi buen Camilo, está tan adelantada sobre nosotros en buena educación como nos es inferior en nacimiento.

CAMILO.—No puedo decir que es lástima que carezca de instrucción, pues parece maestra de muchos que dan lecciones.

PERDITA.—Perdonadme, señor, si no os puedo dar las gracias más que ruborizándome.

FLORISEL.—¡Mi encantadora Perdita! Pero ¡olvido las espinas sobre que marchamos! Camilo, tú, que has sido el salvador de mi padre y que eres ahora el mío, médico de nuestra casa, ¿cómo haremos? No estamos equipados como el hijo del rey de Bohemia y no se nos tomará por tal en Sicilia.

CAMILO.—Mi señor, nada temáis a ese respecto. Supongo que sabéis que mi fortuna está toda entera en ese país. Yo tendré también gran cuidado de que en él seáis proveído regiamente, como si la escena que allí vais a representar fuera mía. Señor, para demostrar que no ca-

recéis de nada, una palabra. (*Hablan aparte.*)

Vuelve a entrar AUTÓLICO

AUTÓLICO.—¡Ja, ja! ¡Qué loca es la honradez! Y la confianza, su hermana jurada, una simplicísima doncella. He vendido todas mis baratijas; ni una piedra falsa, ni una cinta, ni un espejo, ni una poma, ni un broche, ni un cuadernillo, ni una balada, ni un cuchillo, ni una trencilla, ni un guante, ni una agujeta, ni un brazaletes, ni un anillo de cuerno para preservar a mi fardo contra el ayuno. Se atropellaban por quién compraría el primero, como si mis brujerías hubieran sido bendecidas y llevaran la felicidad al comprador. Gracias a este apresuramiento he podido ver qué bolsas tenían mejor cara, y de lo que he visto tendré memoria para mi provecho. Mi rústico, a quien falta alguna cosa para ser hombre razonable, se encaprichó tanto de la canción de las muchachas, que no ha querido mover sus patas antes de aprender el tono y la letra, cosa que encadenó de tal manera a mi alrededor el resto del rebaño, que todos sus sentidos estaban en solas sus orejas. Hubierais podido pellizcar a una moza por la abertura de su jubón; era insensible. Nada más fácil que capar a una pretina su bolsa. Habría podido coleccionar llaves colgadas de una cadena. Ni un suspiro, ni un movimiento, nada sino la canción de mi señoría y la admiración de todos por ese viento sonoro. Así que, aprovechándome de ese momento de letargo, he podido quitar y cortar buen número de sus bolsas de fiestas; y si el viejo no hubiera venido con su alboroto contra su hija y el hijo del rey a espantar mis chovas de la paja que les daba a picotear, no habría dejado bolsa viva en todo el ejército. (CAMILO, FLORISEL y PERDITA se adelantan.)

CAMILO.—Sí, pero llegando mis cartas por ese medio al mismo tiempo que vos, se disipará esa duda.

FLORISEL.—Y las que vos obtengáis del rey Leontes...

CAMILO.—Tranquilizarán a vuestro padre.

PERDITA.—¡La dicha sea con vos! Todo cuanto decís promete el éxito.

CAMILO.—(*Reparando en AUTÓLICO.*) ¿A quién tenemos aquí? Haremos de él un instrumento. No hay que omitir nada que pueda ayudarnos.

AUTÓLICO.—(*Aparte.*) ¡Si me han oído ahora, por mi fe, soy ahorcado!

CAMILO.—¡Hola, buen amigo! ¿Por qué tiemblas así? No temas, hombre; no hay propósito de hacerte daño.

AUTÓLICO.—Soy un pobre hombre, señor.

CAMILO.—Muy bien; continúa siéndolo; nadie intenta robarte esa cualidad. No obstante, podemos proponer un cambio al exterior de tu pobreza. Quitate en seguida esa ropa, debes pensar que hay urgencia en el asunto, y cambia de vestidos con este caballero. Aunque sea él quien sale perdiendo, toma, coge, he aquí algo fuera de lo convenido. (*Le da dinero.*)

AUTÓLICO.—Soy un pobre hombre, señor. (*Aparte.*) Bien os conozco.

CAMILO.—Vamos, por favor, date prisa. Este caballero está ya casi despojado de sus ropas.

AUTÓLICO.—¿Hablaís en serio, señor? (*Aparte.*) Husmeo la treta de la cosa.

FLORISEL.—Date prisa, te ruego.

AUTÓLICO.—En verdad que va en serio; y la recompensa también; pero, en conciencia, no puedo tomar esto.

CAMILO.—Desabrochaos, desabrochaos... (FLORISEL y AUTÓLICO cambian de vestidos.) Señora afortunada, que mi profecía se cumpla sobre vos. Es preciso que os encubráis bajo un disfraz cualquiera. Tomad el sombrero de vuestro amado y hundidle sobre vuestros ojos, ocultad vuestra cara, quitaos alguna prenda exterior y disimulad todo lo posible vuestra persona real, para que podáis, pues temo las miradas, deslizaros a bordo sin ser reconocida.

PERDITA.—Veo que la comedia exige que haga un personaje.

CAMILO.—No hay otro remedio. ¿Habéis acabado por esa parte?

FLORISEL.—Aunque ahora me hallara mi padre, no me llamaría hijo suyo...

CAMILO.—No, no llevaréis sombrero. (*Entregándole el sombrero a PERDITA.*) Venid, señora, venid. Que te vaya bien, amigo.

AUTÓLICO.—Adiós, señor.

FLORISEL.—¡Oh Perdita! ¡Lo que hemos olvidado los dos! Permitidme una palabra... (*Conversan aparte.*)

CAMILO.—(*Aparte.*) Lo primero que voy a hacer es prevenir al rey de su fuga y del lugar de tu destino; de este modo, espero que le obligaré a correr detrás de ellos, y que así, en compañía suya, podré volver a ver Sicilia, que deseo contemplar con una pasión de mujer.

FLORISEL.—¡La fortuna nos sea propicia! Por allá arriba, Camilo, ganemos la orilla del mar.

CAMILO.—Cuanto más pronto, mejor. (*Salen FLORISEL, CAMILO y PERDITA.*)

AUTÓLICO.—Ya entiendo el negocio. Todo lo he oído. Tener un oído alerta, un ojo pronto, una mano ágil, es cosa necesaria a un cortabolsas. También le es precisa una buena nariz, a fin de oler la obra de los otros sentidos. Veo que estamos en un tiempo en que prospera el hombre injusto. ¡Qué hermoso cambio hacía, ya sin propina, y qué hermosa propina recibo con este cambio! A buen seguro, los dioses están este año en connivencia con nosotros, y podemos hacer cuanto nos dé la gana sin dificultad alguna. El príncipe mismo es un modelo de iniquidad por huir lejos de su padre con su traba en los talones. Si creyera que era una medida honrada informar de ello al rey, no lo haría. Veo que es mayor bellaquería ocultarlo, y en esto soy fiel a mi profesión. Pero apartémonos, apartémonos. Noto que vienen otras ocupaciones para un cerebro activo. Todo callejón sin salida, toda tienda, toda iglesia, todo tribunal, toda ahor-

cadura, da ocasión de trabajo a un hombre emprendedor.

Vuelven a entrar el BOBO y el PASTOR

BOBO.—¡Ved, ved qué clase de hombre sois ahora! No hay otro remedio de informar al rey de que es una hija de las hadas y que nada tiene de vuestra carne y de vuestra sangre.

PASTOR.—Sí, pero oídme.

BOBO.—¡Sí, pero oídme!

PASTOR.—Vete, entonces.

BOBO.—Si nada tiene de vuestra carne y de vuestra sangre, no han ofendido al rey, y, por consiguiente, vuestra carne y vuestra sangre no deben ser castigadas por él. Mostradle los objetos que hallasteis al lado de ella; esas cosas secretas, todo, menos lo que tiene sobre sí. Hecho esto, dejad que silbe la ley; os garantizo contra ella.

PASTOR.—Diré todo al rey, todo, hasta la última palabra, y las diabluras de su hijo también; quien, puedo asegurarle, no se ha conducido como un hombre honrado ni con su padre ni conmigo al meterme en el caso de hacerme consuegro del rey.

BOBO.—En verdad, consuegro era la palabra más lejana que hubierais podido tener con él; así, el precio de vuestra sangre habría aumentado en no sé cuántas onzas.

AUTÓLICO.—(*Aparte.*) Muy sesudamente dicho, fantoches.

PASTOR.—Bueno, vamos en busca del rey; hay en ese fardo algo que le hará rascarse la barba.

AUTÓLICO.—(*Aparte.*) No sé hasta qué punto esa queja podrá impedir la fuga de mi señor.

BOBO.—Deseo con todo mi corazón que esté en palacio.

AUTÓLICO.—(*Aparte.*) Aunque no sea honrado por naturaleza, lo soy algunas veces por casualidad. Metamos en el bolsillo esta excrecencia de buhonero. (*Se quita la barba postiza.*) ¡Hola, rústicos! ¿Adónde bueno vais?

PASTOR.—A palacio, si place a vuestra señoría.

AUTÓLICO.—¿Qué negocios os llevan a él? ¿De qué género? ¿Con quién? La naturaleza de ese fardo, el lugar donde habitáis, vuestros nombres, vuestras edades, vuestros bienes, vuestra condición y cuanto es bueno que se sepa; en una palabra, declarad en seguida todo esto.

BOBO.—No somos sino gentes sencillas, señor.

AUTÓLICO.—¡Mentira! Sois rugosos y velludos. No me mintáis; esto no conviene sino a los mercaderes, que con frecuencia nos mienten a nosotros, los soldados; pero como nosotros se lo pagamos en buen dinero contante y sonante y no con una daga de acero asesino, quiero decir que nos venden sus mentiras.

BOBO.—Vuestra señoría estaba a punto de tener de nosotros una opinión mentirosa, a no haberos reprimido cortésmente.

PASTOR.—¿Sois un cortesano, si os place, señor?

AUTÓLICO.—Soy un cortesano, me plazca o no. ¿No ves el aire de la corte en los pliegues de este vestido? Mi manera de andar, ¿no tiene la medida de la corte? Tu nariz, ¿no recibe de mi persona un olor de corte? ¿Piensas que porque te hablo con condescendencia o te atormento en tus negocios no soy un cortesano? ¡Soy un cortesano de pies a cabeza! Un cortesano que puedo impulsar tus asuntos en la corte o impedir que avancen. Por eso te mando que me confíes tu negocio.

PASTOR.—Mi negocio, señor, toca al rey.

AUTÓLICO.—¿Qué abogado tienes cerca de él?

PASTOR.—No os moleste si digo que no os entiendo.

BOBO.—Abogado es una palabra de corte, para pedir con ella un faisán de presente. Decidle que no tenéis ninguno.

PASTOR.—No tengo ninguno, señor; ni faisán; ni gallo, ni gallina.

AUTÓLICO.—¡Qué felices somos con no

ser gentes simples! La Naturaleza, sin embargo, pudo haberme hecho parecido a ellas. Por consiguiente, no las desdeñaré.

BOBO.—Este no puede ser sino un gran cortesano.

PASTOR.—Sus vestidos son lujosos, pero no los lleva bien.

BOBO.—Debe de ser tanto más noble cuanto más original. Es un hombre poderoso, os lo garantizo. Lo conozco por su manera de limpiarse los dientes.

AUTÓLICO.—¿Qué paquete es ese que veo? ¿Qué contiene ese envoltorio? ¿Por qué esa caja?

PASTOR.—Señor, este envoltorio y esta caja contienen tales secretos, que no deben ser conocidos sino por el rey, y los conocerá de aquí a una hora si logro hablar con él.

AUTÓLICO.—Anciano, has perdido tu trabajo.

PASTOR.—¿Por qué, señor?

AUTÓLICO.—El rey no está en palacio. Se ha embarcado a bordo de un navío nuevo para purgar su melancolía y tomar el aire, pues si eres capaz de entender las cosas serias, debes saber que está lleno de pesar.

PASTOR.—Es lo que se dice, señor, y a propósito de su hijo, que debía casarse con la hija de un pastor.

AUTÓLICO.—Si ese pastor no tiene un amigo que le guarde bajo caución, habrá bien en huir. Las maldiciones que recibe, las torturas que sufra, romperían las espaldas de un hombre y el corazón de un monstruo.

BOBO.—¿Lo creéis así, señor?

AUTÓLICO.—No solo sufrirá todo lo que un espíritu ingenioso puede inventar de más intolerable y la venganza del más cruel, sino que todos sus parientes, hasta los más lejanos en cincuenta grados, pasarán por las manos del verdugo. Aunque esto sea muy doloroso, es, no obstante, necesario. ¡Un viejo bribón silbavejas, un ofrece-moruecos tener la pretensión de hacer que su hija se eleve a la grandeza! Algunos dicen que será

dado; pero yo digo que esta muerte demasiado suave para él. ¡Arrastrar stro trono hasta la choza de un pastor. No hay para tal hecho géneros bases de muerte, y la más cruel es aún más dulce.

BOBO.—No os disguste, señor; ¿sabéis si anciano ha tenido alguna vez un hijo?

AUTÓLICO.—Tiene un hijo que será deido vivo; luego, untado de miel y teso ante un nido de avispas. Se le rá allí hasta que sea tres cuartos edio muerto; entonces se le hará er en sí con aguardiente u otra quier infusión cálida, y después, ando como esté, en el día más cao que anuncie el almanaque, se le ará entre una pared de ladrillos, e el sol le mirará con su disco más dional y donde le mirará el sol tras las moscas le picarán hasta que ga la muerte. Pero ¿por qué habla de estos tunos traidores, cuyos crí s son tan grandes que sus sufritos no se hacen sino para excitar el

Decidme, pues parecéis gentes sen y honradas, cuáles son vuestros os cerca del rey. Gozando de cierta deración, podría conducirnos a bordo nave, llevar vuestras personas an presencia y cuchichearle al oído al palabras en favor vuestro. Aparte y, si está en el poder de un homacer triunfar vuestra demanda, ved al hombre que puede.

BOBO.—Parece tener una gran autori. Acercaos a él, dadle oro; aunque ler sea un oso testarudo, con frea se le lleva de la nariz con oro. ad el interior de vuestra bolsa al or de su mano, y esto sin tergiver. Acordaos: ¡el uno, lapidado; el desollado vivo!

PASTOR.—Si os place, señor, inteceder e asunto por nosotros, he aquí este ie tengo. Os daré otro tanto y os este joven en rehenes hasta el ompleto de la suma.

AUTÓLICO.—¿Cuando haya hecho lo que metido?

PASTOR.—Sí, señor.

AUTÓLICO.—Bien, dadme esa mitad. (A BOBO.) ¿Estáis interesado en este asunto?

BOBO.—De cierto modo, señor; pero aunque mi situación sea digna de piedad, espero que saldré de ella sin ser desollado vivo.

AUTÓLICO.—¡Oh! Es el caso del hijo del pastor. ¡Ahorcado sea! Se hará de él un ejemplo.

BOBO.—¡Sí que es consolador! ¡Muy consolador! Es necesario que vayamos a ver al rey y le mostremos estos singulares objetos. Es preciso que sepa que ella no es vuestra hija ni mi hermana. Sin esto, estamos perdidos. Señor, yo os daré tanto como os ha dado este viejo cuando el asunto haya terminado, y quedaré, como dice, en prenda hasta que la suma os sea entregada.

AUTÓLICO.—Tengo confianza en vos. Marchad delante hacia la orilla del mar, torced a la derecha; yo voy a mirar tan solo por encima del cercado y me uno a vosotros.

BOBO.—Es una bendición para nosotros haber hallado a este hombre, puedo decirlo, una verdadera bendición.

PASTOR.—Marchemos delante, como nos lo ordena. La Providencia nos lo ha enviado para hacernos bien. (Salen el PASTOR y el BOBO.)

AUTÓLICO.—Si tuviera inclinación a ser honrado, está visto que no me lo permitiría la Fortuna. Hace caer el maná en mi boca. Heme aquí gratificado en este momento con una doble suerte: oro, y medio de servir al príncipe, mi señor. ¿Quién sabe hasta qué punto pueden cambiar las cosas, de manera que reparen mi descrédito y me hagan prosperar? Voy a llevarle a bordo a estos dos tipos, a este par de ciegos. Si juzga conveniente volverlos a tierra y si las cosas que quieren confiar al rey en su solicitud no le conciernen en nada, que me llame bellaco por haber querido ser tan oficioso. Estoy a prueba de esta injuria y del ultraje a ella anexo. Voy a presentárselos. El asunto puede valer la pena. (Sale.)

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Sicilia.—Aposento en el palacio de Leontes

Entran LEONTES, CLEÓMENES, DIÓN, PAULINA y otros

CLEÓMENES.—Señor, habéis hecho bastante; habéis cumplido vuestra expiación como un santo. De cualquier falta que hubierais sido culpable, estáis redimido. En verdad, vuestra penitencia ha rebasado la culpa. Por último, haced como han hecho los cielos: olvidad vuestras faltas. Perdonaos como os han perdonado.

LEONTES.—Mientras me acuerde de su persona y de sus virtudes, no podré olvidar las imputaciones con las que manché, y no podré olvidar, no, el mal que me hice a mí mismo; delito tan grande que ha dejado a mi reino sin heredero y causado la muerte de la más dulce compañera en que un hombre haya podido nunca fundar sus esperanzas.

PAULINA.—¡Es verdad, demasiado verdad, señor! ¡Ni aun cuando os desposarais, una tras otra, con todas las mujeres del mundo o tomarais de cada una lo mejor para componer una mujer perfecta, la que habéis muerto derrotaría aún toda comparación!

LEONTES.—También lo creo. ¡Muerta! Yo la maté. Sí, yo lo hice; pero tú me has herido cruelmente diciendo que fui yo. Recuerdo tan amargo es en tu lengua como en mi pensamiento. Por favor, ten piedad, buena Paulina, no me lo digas sino rara vez.

CLEÓMENES.—No se lo repitáis nunca, buena dama. Pudierais haber dicho mil cosas más oportunas, con más honor, para vuestra bondad.

PAULINA.—Vos sois uno de los que quisieran verle casado de nuevo.

DIÓN.—Si vos no lo deseáis también,

es que no tenéis piedad del Estado ni sentimiento de su muy augusto nombre; es que soñáis poco en los peligros que pueden caer sobre el reino y devorar los súbditos, abandonados a una situación incierta por la falta de posteridad del rey. ¿Qué cosa más piadosa que felicitarse del descanso de que goza en el cielo la primera reina? ¿Qué de más piadoso aún, para el sostén de la realza, para el consuelo del presente y la felicidad del porvenir, que desear ver el lecho de Su Majestad bendecido segunda vez por la persona de una dulce compañera?

PAULINA.—Ninguna es digna de ello, en comparación de la que fue. Además, los dioses quieren que se cumplan sus designios secretos. ¿Pues el divino Apolo no ha dicho, no fue ese el tenor de su oráculo, que el rey Leontes no tendrá heredero antes que sea hallada su hija perdida? Cosa que es tan monstruosa de admitirla la razón humana como admitir que mi Antígono, que, por mi vida, murió con la criatura, pueda romper su tumba y volver a mí. ¿Es vuestro consejo que mi señor debe contrariar a los cielos, oponerse a sus voluntades? (A LEONTES.) No te inquietes por posteridad. La corona hallará un heredero. El gran Alejandro dejó la suya al más digno. De esta manera tuvo la suerte de hallar al mejor por sucesor.

LEONTES.—¡Buena Paulina, que conservas el recuerdo de la que fue Hermiona, lo sé, y con todo honor! ¡Oh por qué no conformé siempre mi conducta en tus consejos! Ahora, en este mismo instante, podría hundir mis miradas en los ojos de mi reina, recoger un tesoro de sus labios...

PAULINA.—Y dejarlos más ricos de lo que ellos hubieran dejado tomar.

LEONTES.—Dices verdad. No hay más

mujeres semejantes. Por tanto, nada de mujer. Si tomase una inferior a ella, y la tratase mejor, mi conducta sería capaz de obligar a su alma sacrosanta a recobrar su cuerpo y hacerla aparecer sobre este teatro, donde la ofendimos, para decirme con desolada voz: «¿Por qué fuiste injusto conmigo?»

PAULINA.—De tener un poder semejante, no dejaría de ser justa su causa.

LEONTES.—Lo sería, y me incitaría a asesinar a la que había desposado.

PAULINA.—Yo haría otro tanto si fuera su espectro errante. Vendría a ordenaros que mirarais sus ojos y me dijerais qué oscuros atractivos poseían para impulsaros a desposarla. Después gritaría tan fuerte que vuestros oídos quedarían desollados, y las palabras que pronunciase serían estas: «¡Acuérdate de mis ojos!»

LEONTES.—¡Eran estrellas, estrellas! ¡Y todos los demás ojos, carbones apagados! No temas que vuelva a casarme, Paulina. ¡No quiero otra mujer!

PAULINA.—¿Queréis jurar no casaros nunca sino con mi expreso consentimiento?

LEONTES.—¡No me casaré nunca, Paulina, así sea bendita mi alma!

PAULINA.—Entonces, mis buenos señores, sed testigos de este juramento.

CLEÓMENES.—Le habéis sometido a una ruda prueba.

PAULINA.—No se casará, a no ser que otra, pareciéndose a Hermione como su propio y vivo retrato, venga a enfrentarse con sus ojos.

CLEÓMENES.—Buena señora...

PAULINA.—He concluido. Sin embargo, si mi señor quiere casarse, si queréis, señor, si no hay más remedio y es esta vuestra resolución, dadme el encargo de hallar para vos una reina. No será tan joven como la primera, pero será tal, que si el espectro de vuestra primera esposa cobrara vida, se alegrara de verla en vuestros brazos.

LEONTES.—Mi leal Paulina, no nos casaremos sino cuando tú nos lo ordenes.

PAULINA.—Que será cuando vuelva a la vida vuestra primera esposa; jamás antes.

Entra un CABALLERO

CABALLERO.—Uno que se da el título de príncipe Florisel, hijo de Políxenes, seguido de su princesa, la más linda persona que he visto hasta hoy, desea obtener acceso hasta vuestra persona.

LEONTES.—¿Qué tenemos que ver con él? No llega con la pompa que conviene a la grandeza de su padre. Su llegada repentina, tan a espaldas de toda previsión, nos anuncia que no es una visita oficialmente ordenada, sino que ha sido impuesta por necesidad o accidente. ¿Qué séquito trae?

CABALLERO.—Muy poco numeroso, y los que lo componen no son sino gentes de baja condición.

LEONTES.—¿Decís que viene con él su princesa?

CABALLERO.—Sí, el más incomparable pedazo de arcilla que creo haya alumbrado jamás el sol.

PAULINA.—¡Oh Hermiona! Así como cada nueva generación se envanece de una perfección superior a la que le ha precedido, así también tu tumba debe ceder su puesto a lo que se ve ahora. Señor, vos, vos mismo, habéis dicho y escrito estas propias palabras, pero, al presente, vuestro escrito está más frío que su tema: que «la hermosura de Hermiona jamás se había visto, ni podía igualarse». Así es como corrían otro tiempo vuestros versos en honor de su belleza. Malamente se aviene con ellos decir que habéis visto una mejor.

CABALLERO.—Perdon, señora; casi había olvidado a la una, vuestro perdón, y en cuanto a la otra, cuando obtenga la atención de vuestros ojos, obtendrá también la aprobación de vuestra lengua. Es una criatura que si quiere fundar una secta, extinguiría el cielo de todos los demás predicadores y haría prosélitos con la simple insinuación de que la siguieran.

PAULINA.—¡Cómo! ¿Y entre las mujeres no?

CABALLERO.—Las mujeres la amarán porque es una mujer que vale más que ningún hombre, y los hombres por ser la más rara de todas las mujeres.

LEONTES.—Cleómenes, id vos mismo, acompañado de vuestros honrados amigos, a buscarlos para traerlos a nuestros brazos. (*Salen CLEÓMENES, Señores y el CABALLERO.*) Es extraño, sin embargo, que se nos presente así de improviso.

PAULINA.—Si nuestro príncipe, aquella joya de los niños, viviera a la hora presente, habría hecho con ese señor una pareja perfecta. Entre sus edades no hay la diferencia de un mes.

LEONTES.—Basta, te lo ruego, pues sabes que muere de nuevo para mí cuantas veces se habla de él. Seguramente, cuando vea a ese caballero, las palabras que acabas de pronunciar me hundirán en pensamientos capaces de hacerme perder la razón. Ya están aquí.

Vuelve a entrar CLEÓMENES con FLORISEL, PERDITA y otros

Vuestra madre ha sido muy fiel a su lecho nupcial, príncipe; pues al concebirlos ha reproducido exactamente los rasgos de vuestro real padre. La imagen de vuestro padre se halla tan bien impresa en vuestra persona, es de tal modo su fisonomía, que si yo no tuviera más que veintiún años, sería capaz de llamaros hermano, como le llamaba, y de hablaros de alguna escapada juntos en una época precedente. ¡Sed bien venido de todo corazón! ¡Y vuestra bella princesa... o, por mejor decir, diosa! ¡Ay! ¡He perdido una pareja que si hubiera podido sobresalir así, entre el cielo y la tierra, habría arrancado la admiración como vosotros la arrancáis, pareja graciosa! Y en esta misma época perdí, todo ello por mi propia locura, la sociedad, la amistad también de vuestro valeroso padre, que deseo ver aún una vez en mi

vida, aunque me halle postrado por la desgracia.

FLORISEL.—Por orden suya he tocado aquí en Sicilia, y os traigo de su parte todos los saludos que un rey puede amistosamente enviar a su hermano. Si las enfermedades naturales a la edad avanzada no hubieran disminuido algo las fuerzas que habría necesitado para cumplir su deseo, hubiese franqueado su persona las tierras y los mares que separan vuestro trono del suyo para venir a veros a vos, a quien ama, así me ha encargado que os lo diga, más que a todos los cetos y que a los que los llevan a la hora presente.

LEONTES.—¡Oh hermano mío! ¡Excelente caballero! El recuerdo de los daños que te causé despiértase en mí con una nueva vivacidad, y tus proceder, de una delicadeza tan rara, son como acusadores de mi negligencia tardía. Sed bien venido a estos lugares, como lo es la primavera a la tierra. ¡Cómo!, ¿y es él también quien ha expuesto esta maravilla al humor terrible o al menos áspero del formidable Neptuno, para presentar sus felicitaciones a un hombre que no vale la pena que ella se ha tomado y aún menos los peligros a que su persona ha sido expuesta?

FLORISEL.—Mi buen señor, ella venía de Libia.

LEONTES.—¿Donde el belicoso Smalo, este muy honorable señor, es temido y amado?

FLORISEL.—Venimos de su reino, mi muy real señor. Lo hemos abandonado, proclamando por sus lágrimas, en el momento de nuestra separación, que ella era su hija. De aquí, impulsados por un buen viento del Sur, hemos atravesado los mares para ejecutar la obligación que mi padre me había impuesto de visitar a Vuestra Alteza. Sobre las costas de Sicilia he despedido a la mejor parte de mi séquito y lo he dirigido a Bohemia para anunciar allí no solamente mi éxito en Libia, señor, sino mi feliz llegada, así

como la de mi mujer, a los lugares en que estamos.

LEONTES.—¡Que los dioses bondadosos purguen nuestra atmósfera de toda infección mientras respiréis aquí nuestro aire! Tenéis por padre un hombre virtuoso, un generoso caballero, contra quien he pecado, aunque su persona fuese sagrada, pecado que los cielos, irritados, tomando nota de él, en castigo, me han dejado sin posteridad, pero, en cambio, ellos han bendecido a vuestro padre, como merece, dándole un hijo digno de su virtud. ¡Qué dicha he perdido yo, que hubiera podido contemplar ahora un hijo y una hija tan bellos como vosotros dos!

Entra un SEÑOR

SEÑOR.—Muy noble señor, lo que voy a contaros no merecería crédito si la prueba no estuviese tan cerca de nosotros. No os desagrada que os diga, poderoso señor, que el rey de Bohemia os envía por mí sus felicitaciones. Desea que hagáis detener a su hijo, que, olvidando a la vez su dignidad y sus deberes, ha huido, abandonando a su padre y a su porvenir, con la hija de un pastor.

LEONTES.—¿Dónde está el rey de Bohemia? ¡Habla!

SEÑOR.—Aquí en vuestra ciudad. Acabo ahora mismo de abandonarle. Hablo atropelladamente; pero este desorden conviene a mi sorpresa y a mi mensaje. Mientras se dirigía a toda prisa a vuestra Corte, en persecución de esta bella pareja, ha encontrado en el camino al padre de esa falsa dama y a su hermano, que los dos han abandonado su país con este joven príncipe.

FLORISEL.—¡Camilo me ha traicionado! ¡El, cuyo honor y honradez habían resistido hasta ahora a todas las variaciones de la fortuna!

SEÑOR.—Dirigidle esta acusación. Está con el rey vuestro padre.

LEONTES.—¿Quién? ¿Camilo?

SEÑOR.—Camilo, señor. Le he hablado,

e interroga en este instante a las pobres gentes a que he aludido. Jamás he visto a miserables temblar a tal punto. Se arrodillan, besan la tierra, se desmienten a cada palabra que pronuncian. El rey de Bohemia se tapa los oídos y los amenaza con muchas muertes en una sola.

PERDITA.—¡Oh pobre padre mío! Los cielos han lanzado espías sobre nosotros, y no quieren acceder a que se celebre nuestro contrato.

LEONTES.—¿Estáis casados?

FLORISEL.—No lo estamos, señor, ni es probable que lo estemos jamás. Bien lo veo; antes bajarán las estrellas a los valles. Las alternativas de la suerte son iguales para los altos y para los bajos.

LEONTES.—Mi señor ¿es esta la hija de un rey?

FLORISEL.—Lo será cuando sea mi esposa.

LEONTES.—Este «será», lo veo por la diligencia de vuestro padre, vendrá a paso bien lento. Estoy apenado, muy apenado, de que hayáis infringido su voluntad, a la que os ligaba vuestro deber, y me apena igualmente que vuestra preferencia no se dirija a una persona tan rica en nacimiento como ella lo es en hermosura y que podáis poseer sin dignidad.

FLORISEL.—Querida, levanta la cabeza. Aunque la Fortuna, visiblemente nuestra adversaria, haya impulsado a mi padre a nuestra persecución, no tiene el poder de cambiar nuestro amor ni una jota. Señor, os lo suplico: acordaos de la edad en que no debíais al tiempo más de lo que le doy hoy mismo. Y puedan vuestras afecciones de entonces convertirse en abogados de mi causa. A requerimiento vuestro, mi padre concederá las cosas más precisas como si fuesen bagatelas.

LEONTES.—Si pudiera obrar así, le pediría vuestra preciosa amada, que él mira como una simple bagatela.

PAULINA.—Señor, soberano mío, vuestros ojos han conservado demasiada juventud. Vuestra reina, un mes antes de

su muerte, era más digna de semejantes miradas que la criatura que contemplas ahora.

LEONTES.—En ella pensaba en el momento mismo de mirar a esta joven. (A FLORISEL.) Pero no he respondido aún a vuestra petición. Voy al encuentro de vuestro padre. Pues vuestro amor no ha sido mancillado por vuestros deseos, soy su amigo y el vuestro. Para esta empresa voy a reunirme con vuestro padre. Seguidme, pues, y observad cómo me porto. Vamos, mi buen señor. (Salen.)

ESCENA II

El mismo lugar.—Delante del palacio

Entran AUTÓLICO y un CABALLERO

AUTÓLICO.—Os lo suplico, señor: ¿estuvisteis presente en esta escena?

CABALLERO.—Estuve presente en la apertura del envoltorio. Oí al anciano pastor contar cómo lo halló. Con lo cual, después de un breve asombro, fuimos despedidos todos del aposento. Solo me parece que oí decir al pastor que había encontrado a la niña.

AUTÓLICO.—Me alegraría verdaderamente saber el desenlace de este asunto.

CABALLERO.—Os cuento la cosa atolondradamente; pero las emociones que veía suceder en los rostros del rey y de Camilo eran verdaderas señales de admiración. Dijérase, por el modo de mirarse, que sus ojos iban a salir de sus órbitas. Sentíase la elocuencia en su mutismo. Cada uno de sus gestos tenía su lenguaje. Su fisonomía era la de gentes que recibiesen la noticia de un mundo rescatado o la de un mundo destruido. En sus ojos dejábase leer un marcadísimo sentimiento de asombro; pero el espectador más sagaz, que no tenía otro medio de darse cuenta de las cosas sino por lo que veía, hubiese podido decir si la emoción que los agitaba era la alegría o el dolor; más ne-

cesariamente era la una que el otro, y en todo su exceso. He aquí un caballero que quizá sepa más.

Entra el CABALLERO 2.º

CABALLERO 1.º.—¿Qué noticias, Rogero?

CABALLERO 2.º.—Nada sino ráfagas de alegría. Se ha cumplido el oráculo. La hija del rey ha sido hallada. Hay a estas horas en el público una explosión tal de asombro, que los copleros no serán capaces de expresar. Pero he aquí venir al intendente de madame Paulina. El puede contaros más.

Entra el CABALLERO 3.º

¿Qué hay de nuevo, señor? La noticia que se da por cierta se parece de tal modo a un cuento viejo, que se da la verdad por sospechosa. ¿Ha hallado el rey a su heredera?

CABALLERO 3.º.—Es muy verdad, si alguna vez la verdad se ha revelado por pruebas indubitables. Tal unidad existe en estas pruebas, que lo que oís contar juraríais que lo habéis visto vos mismo. El manto de la reina Hermiona, la joya perteneciente a su collar, las cartas de Antígono encontradas a la vez y que han sido reconocidas como de su puño y letra; esa majestad que la joven posee de común con su madre; ese sentimiento de nobleza que la Naturaleza ha sabido hacer resplandecer a despecho de su educación, y otras muchas pruebas manifiestas, proclaman con absoluta certidumbre que es la hija del rey. ¿Habéis visto el encuentro de los dos reyes?

CABALLERO 2.º.—No.

CABALLERO 3.º.—Entonces habéis perdido un espectáculo que era para ver y que no puede contarse. Hubierais visto dos alegrías coronarse la una a la otra, y esto con tal emoción, que dijérase que el pesar lloraba de verse obligado a pedir permiso a los dos, pues estas alegrías

iban al encuentro la una de la otra a través de las lágrimas. Eran ojos levantados al cielo, manos tendidas en alto, con tales distracciones en el aspecto de su persona en general, que no podía reconocérseles sino por sus vestidos, y no por sus fisonomías. Nuestro rey, que estaba a punto de saltar de alegría por haber hallado a su hija, como si esta alegría se convirtiese en una pérdida, poníase a gritar, llorando: «¡Oh tu madre! ¡Tu madre!» Luego pide perdón al rey de Bohemia, después abraza a su yerno, en seguida ahoga a su hija a fuerza de abrazos; más tarde, da las gracias al viejo pastor, que permanece en actitud de una estatua remedada de fuente pública que hubiese visto muchos reinados. Nunca he oído hablar de un encuentro semejante. Esto hace impotente el relato y desafía la descripción.

CABALLERO 2.º—Tened la bondad de decirme: ¿qué fue de Antígono, el que se llevó de aquí a la niña?

CABALLERO 3.º—Es también una historia parecida a uno de esos cuentos viejos, que tienen aventuras que contar hasta cuando la credulidad se duerme y no queda un oído alerta. Fue despedazado por un oso. De ello da fe el hijo del pastor, que para apoyar su testimonio tiene, no solo su bobería, que parece mucha, sino un pañuelo y los anillos de Antígono, que ha reconocido Paulina.

CABALLERO 1.º—¿Y qué fue de su nave y de las gentes que lo acompañaban?

CABALLERO 3.º—Naufragaron en el momento mismo de la muerte de su señor y ante los ojos del zagal, de suerte que todos los agentes que ayudaron a exponer a la niña perecieron en la hora misma en que fue hallada. Pero ¡qué noble lucha entre la alegría y el dolor sostuvo Paulina al oír el relato! Uno de sus ojos se inclinaba hacia la tierra por el sentimiento de la pérdida de su marido, mientras el otro se elevaba hacia el cielo para agradecerle el cumplimiento del oráculo. Levantó del suelo a la princesa y la apretó tan estrechamente en sus brazos, que

se habría dicho que intentaba unirla contra su seno, a fin de que no volviera a estar nunca en peligro de perderse.

CABALLERO 1.º—La nobleza de este drama es digna de un auditorio de reyes y de príncipes, pues por tales actores ha sido representado.

CABALLERO 3.º—Uno de los incidentes más conmovedores, un incidente que ha hecho pesca en mis ojos y que ha sacado de ellos aguas, si no el pez, ha sido al contarse la muerte de la reina y los errores que la causaron, errores valerosamente confesados y deplorados por el rey, la atención dolorosa de su hija, que, después de haber pasado de una señal de dolor a otro, ha concluido con un «¡ay!», para estallar, debía decir más bien sangrar, en lágrimas, pues estoy seguro que mi corazón, por lo que a mí respecta, llevaba sangre. Los que estaban más de mármol cambiaron entonces de color. Algunos se desvanecieron; todos hallábanse llenos de aflicción. Si el mundo entero hubiera podido ver este espectáculo, el dolor habría sido universal.

CABALLERO 1.º—¿Han regresado a la Corte?

CABALLERO 3.º—No; la princesa ha oído hablar de la estatua de su madre, que está bajo la guardia de Paulina, obra en la que han sido empleados muchos años y que acaba de terminarse por un extraordinario maestro italiano, Julio Romano, que imita tan perfectamente la Naturaleza, que le robaría su potencia creadora si tuviera la eternidad y si pudiera infundir aliento a sus obras. Ha hecho una estatua de Hermione tan parecida a Hermione, que dan ganas de hablarle y de esperar su respuesta. Se han dirigido todos al sitio en que está, presas de un vivo transporte, y creo que tienen el propósito de cenar allí.

CABALLERO 2.º—Pensaba que Paulina tenía algún asunto grave en ese lugar, pues desde la muerte de Hermione jamás ha faltado de visitar una o dos veces por día esa mansión retirada. ¿Queréis que

vayamos allí a aumentar la fiesta con nuestra compañía?

CABALLERO 1.º—¿Quién, teniendo permiso para entrar, no había de ir? A cada guiño de ojos nacerá una nueva sorpresa. Nuestra ausencia nos hace perder las emociones que sentiríamos. Partamos. *(Salen los Caballeros.)*

AUTÓLICO.—¡Ahora es cuando, si no tuviera la mancha de mi vida anterior, lloraría los factores sobre mí! Yo soy quien ha conducido al anciano y a su hijo a bordo de la nave del príncipe. Yo quien les ha dicho que los oí hablar de un envoltorio y de no sé qué cosas más. Pero como en aquei instante se hallaba extremadamente ocupado con la hija del pastor, tal la creía entonces, que comenzaba a ponerse enferma a causa del mareo, y él mismo no se encontraba mejor y el tiempo continuaba siendo de los malos, este misterio quedó sin descubrirse. Mas lo mismo me da, pues aunque hubiera sido yo el revelador de este secreto, no me habría servido mucho en medio de mis otros descréditos. He aquí venir a las gentes a quienes he hecho bien contra mi voluntad y que aparecen ya en toda la floración de su fortuna.

Entran el PASTOR y el BOBO

PASTOR.—Vamos, muchacho. He pasado de la edad de tener hijos; pero tus hijos y tus hijas serán todos nobles.

BOBO.—Os encontramos muy a propósito, señor. Habéis rehusado batiros conmigo el otro día porque no era caballero. ¿Veis estos vestidos? Decid ahora que no los veis y que creéis que no soy caballero. Haríais bien en decir igualmente que estas capas no son de caballeros. Dadme el mentís, dádmelo, y procurad saber si no soy ahora un caballero.

AUTÓLICO.—Sí, señor, que sois ahora un caballero de nacimiento.

BOBO.—Sí, y tal he sido en todos los minutos de estas últimas cuatro lunas.

PASTOR.—Y yo también, muchacho.

BOBO.—Sí, vos también; pero yo era un caballero nacido ante mi padre, pues el hijo del rey me ha cogido por la mano y me ha llamado hermano suyo, y en seguida los dos reyes han llamado hermano a mi padre. Luego, el príncipe mi hermano y la princesa mi hermana, han llamado padre a mi padre. Con lo que hemos llorado, y estas son las primeras lágrimas de caballero que hemos vertido.

PASTOR.—Podemos vivir bastante, hijo mío, para verter otras muchas.

BOBO.—Sí, o nos vendría la desgracia, ahora que estamos en la situación preponderante en que aparecemos.

AUTÓLICO.—Os ruego, señor, que me perdonéis todas las faltas que he cometido contra vuestra señoría, y la de hablar de mí en buenos términos al príncipe, mi señor.

PASTOR.—Por favor, hijo mío, hazlo, pues debemos mostrarnos nobles ahora que lo somos.

BOBO.—¿Cambiarás de vida?

AUTÓLICO.—Sí, si place a vuestra excelente señoría.

BOBO.—Dame tu mano. Juraré al príncipe que eres un camarada tan honrado y leal como el que más en Bohemia.

PASTOR.—Podéis decírselo, mas no jurarlo.

BOBO.—¡No jurarlo, ahora que soy caballero! Decidlo simplemente es cosa de rústicos y de granjeros. Yo lo juraré.

PASTOR.—¿Cómo, si es falso, hijo mío?

BOBO.—Así sea la cosa más falsa del mundo, un verdadero caballero puede jurarlo para servir a un amigo. Y yo juraré al príncipe que eres un mozo valiente y laborioso, y que no te embriagas. Sé, no obstante, que no eres un mozo valiente ni laborioso y que te embriagas; pero lo juraré, aunque quisiera que fueses un mozo laborioso y valiente.

AUTÓLICO.—Haré todo lo posible por serlo, señor.

BOBO.—Sí, sé por todos los medios posibles un camarada valeroso. Si no me indigno de que oses embriagarte sin ser

un camarada valeroso, no tengas confianza alguna en mí. ¡Oíd! Los reyes y los príncipes, nuestros parientes, van a ver el retrato de la reina. Ven, síguenos. Seremos tus buenos protectores. (Salen.)

ESCENA III

El mismo lugar.—Una capilla en la casa de Paulina

Entran LEONTES, POLÍXENES, FLORISEL, PERDITA, CAMILO, PAULINA, Señores y personas del séquito

LEONTES.—¡Oh sabia y buena Paulina! ¡Qué gran consuelo he recibido de ti!

PAULINA.—¡Cómo! Soberano señor, si no siempre he hecho bien, he tenido siempre el deseo de hacerlo. Habéis pagado generosamente todos mis servicios, y el favor que me hacéis de visitar mi humilde morada en compañía de vuestro hermano coronado y de estos novios herederos de vuestros reinos es un exceso de favor que mi vida entera no bastaría para reconocerlo.

LEONTES.—¡Oh Paulina! No os honramos sino con el enojo que os causamos; pero hemos venido a ver la estatua de nuestra reina. Hemos atravesado vuestra galería no sin sentir gran placer al admirar sus numerosas rarezas. Sin embargo, no hemos visto lo que mi hija venía a contemplar; es decir, la estatua de su madre.

PAULINA.—Así como vivió sin igual, así también su imagen muerta sobrepasa, creo, todo lo que habéis ya visto, todo lo que ha salido de la mano del hombre. Por ello la guardo sola y aparte. Pero está aquí. Preparaos a ver la vida representada con tanta vivacidad como el tranquilo sueño representó jamás la muerte. (PAULINA descorre una cortina y aparece HERMIONA como una estatua.) Me agrada vuestro silencio. Me muestra mejor vuestro asombro. Pero, no obstante,

hablad; vos, el primero, mi soberano. ¿Es que esta imagen no se halla muy cerca de la realidad?

LEONTES.—¡Su actitud natural! ¡Acúsame, querida imagen de piedra, para que pueda decir que eres verdaderamente Hermiona! ¡Oh más bien tú le pareces más, no reprochándome, pues era dulce como la infancia y como la gracia! Pero, sin embargo, Paulina, Hermiona no estaba tan llena de arrugas, no era de edad tan avanzada como aquí parece.

POLÍXENES.—¡Oh, no, ni con mucho!

PAULINA.—Eso no hace sino honrar más la excelencia del artista, que ha hallado el medio de dejar correr dieciséis años y de crear la imagen de la reina tal como sería si viviera ahora.

LEONTES.—¡Tal como podía vivir ahora, tanto para mi ventura como su ausencia es hoy cruel a mi alma! ¡Oh! Así estaba, con esa plenitud de vida en la majestad, ¡cálida vida, como es fría ahora!, cuando le hice la corte por vez primera. Me siento lleno de vergüenza. ¿Cómo no me rechaza este mármol siendo yo más duro que él? ¡Oh obra maestra real! Reside en tu majestad la magia, una magia que ha evocado mis faltas ante mi memoria y que se ha apoderado tan fuertemente del espíritu de tu hija absorta de admiración, que adquiere, como tú, la inmovilidad de la piedra!...

PERDITA.—Permitidme que me arrodille, e implore su bendición, y no me digáis que es superstición obrar así. Señora, cara reina, que habéis terminado vuestros días cuando yo apenas comenzaba los míos, dadme a besar vuestra mano.

PAULINA.—¡Oh calma! La estatua se ha colocado recientemente y aún no están secos los colores.

CAMILO.—Mi señor, es un pesar demasiado profundamente doloroso aquel que no han podido llevarse los huracanes de dieciséis inviernos, ni desecar los ardores de tantos calurosos estíos. Apenas existe en el mundo una alegría que haya

durado tanto tiempo, ni dolor que no se haya suicidado más pronto.

POLÍXENES.—Mi querido hermano, permitid al que fue la causa de todo esto que use de su poder para aliviaros de tanto pesar tomando una parte de él para sí.

PAULINA.—En verdad, mi señor, si hubiera pensado que la vista de mi pobre imagen os había de afectar así, como la estatua es de mi propiedad, no os la hubiera mostrado.

LEONTES.—¡No corráis la cortina!

PAULINA.—No la miréis más. Tengo mucho miedo de que vuestra imaginación se figure que va a moverse de un momento a otro.

LEONTES.—¡Sea! ¡Sea! ¡Ojalá hubiese yo muerto, visto que...! Pero ¡cómo! me parece que ya... ¿Quién es el autor de esta estatua? Ved, mi señor: ¿no afirmaríais que respira y que la sangre corre verdaderamente en esas venas?

POLÍXENES.—¡Es una obra magistral! Sus labios parece que tienen el calor mismo de la vida.

LEONTES.—¡Los ojos inmóviles parecen moverse! ¡Tan grande es la ilusión del arte!

PAULINA.—Voy a correr la cortina. Su imaginación le lleva tan lejos, que pronto va a pensar que vive.

LEONTES.—¡Oh mi dulce Paulina! ¡Déjame pensarlo veinte años seguidos! Los razonamientos más sabios del mundo no valen el placer de semejante locura! Déjala como está.

PAULINA.—Estoy desolada, señor, de veros entregado a tales emociones. Pero podía afligiros aún más.

LEONTES.—Hazlo, Paulina, pues semejante aflicción tiene un sabor más delicioso que cualquier consuelo cordial. Continúo creyendo que emana de ella una respiración. ¿Qué cincel delicado pudo nunca dibujar esos labios? Que nadie se burle de mí. ¡Quiero besarla!

PAULINA.—¡Cuidado, mi buen señor! El rojo se halla todavía húmedo en los labios. Lo borraréis si la besáis y man-

charéis los vuestros de pintura grasa. ¿Corro la cortina?

LEONTES.—¡No, en veinte años!

PERDITA.—Otros tantos estaría yo aquí mirándola.

PAULINA.—Cuidado el uno y la otra. Abandonad inmediatamente la capilla, o preparaos a nuevos asombros. Si podéis sostener este espectáculo, voy a hacer, en efecto, que se mueva la estatua. Descenderá y os cogerá de la mano. Pero entonces pensaréis, aserción contra la cual protesto, que estoy asistida por potencias malvadas.

LEONTES.—Todo cuanto podáis hacerle ejecutar seré feliz de verlo. Todo cuanto podáis hacerle decir seré feliz de oírlo, pues tan fácil es hacerle hablar como caminar.

PAULINA.—Es necesario que despertéis en vos todo lo que tenéis de fe. Permaneced todos tranquilos; o los que crean ilícita la obra que emprendo, que se retiren.

LEONTES.—¡Hacedlo! Nadie se moverá.

PAULINA.—¡Tocad música, despertadla! (Música.) Ya es tiempo. Desciende. Cesa de ser piedra. Acércate. Hiere de asombro los ojos de los que te contemplan. Venid; cerraré vuestra tumba. Moveos. Vamos. Avanzad. Legad a la muerte vuestro entumecimiento, pues una vida preciosa se redime de ella. (HERMIONA desciende lentamente del pedestal.) ¡No os sobrecojáis! Sus acciones serán tan santas, que os declaro que mi mandamiento es legítimo. No os apartéis de ella antes de haberla visto morir de nuevo, pues entonces la mataríais dos veces. Vamos, presentadle vuestra mano. Cuando era joven la cortejabais. Ahora que tiene más edad es ella la que hace las insinuaciones.

LEONTES.—(Abrazándola.) ¡Oh! ¡Siento su calor! ¡Si es cosa de magia, que sea un acto tan ilícito como la acción de comer!

POLÍXENES.—¡Ella le abraza!

CAMILO.—¡Se suspende de su cuello!

Que hable también y pertenezca a la vida!

POLÍXENES.—¡Sí; y que nos manifieste dónde ha vivido o cómo se ha escapado entre los muertos!

PAULINA.—Si se dijera que está viva, esa afirmación sería silbada como un viento. Pero parece que vive, aunque no hable. Esperad todavía un poco. Procurad intervenir, bella princesa. Arrodiaos e implorad la bendición de vuestra madre. Volveos, buena señora y reina. vuestra Perdita es hallada. (PAULINA presenta a PERDITA, que se arrodilla delante de HERMIONA.)

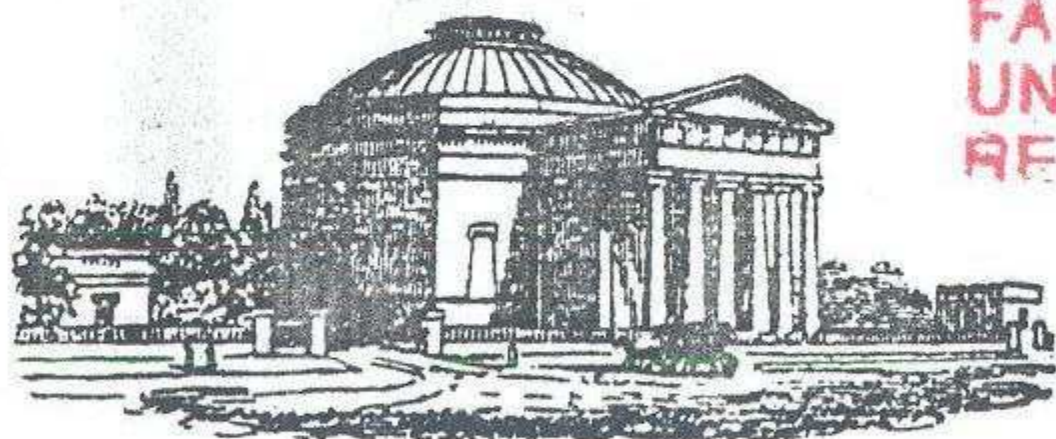
HERMIONA.—¡Oh vosotros, dioses, dirid aquí bajo vuestras miradas y verted vuestras sagradas urnas vuestras mercedes sobre la cabeza de mi hija! Dime, hija mía: ¿dónde has sido conservada? ¿Dónde has vivido? ¿Cómo te has encontrado en la corte de tu padre? Pues des saber que, informada por Paulina que el oráculo había dado la esperanza de que tú vivías, me he consagrado en la vida, a fin de ver el desenlace.

PAULINA.—Tenemos tiempo para todo. Sería de temer que por esa demanda estos señores turbasen vuestras alegrías, exigiendo de vos una relación semejante. Id juntos, ilustres y felices amantes, mientras lo sois. Cambiad

vuestros regocijos con compañía. Yo, vieja tórtola, iré a suspenderme de alguna rama seca y allí lamentaré hasta el fin de mis días la pérdida de mi compañero que nunca será hallado.

LEONTES.—¡Oh, silencio, Paulina! Debes acceder a recibir un esposo de mi mano, como yo recibo una esposa de la tuya. Es un contrato a que estamos unidos los dos bajo juramento. Tú has encontrado a mi esposa. ¿Cómo? Está aún por saber, pues la creí muerta, como muerta la vi, y en vano dije no pocas plegarias sobre su tumba. No tendré que buscar lejos para hallarte un honorable esposo, pues conozco en parte sus sentimientos. —Avanza, Camilo, y toma por la mano a esta dama, cuya nobleza y virtud notoriamente célebres, son atestigüadas aquí por nosotros, pareja real. Abandonemos este sitio. Vamos, vuelve tus ojos sobre mi hermano, perdonadme los dos haber colocado mis malas sospechas entre vuestras castas miradas. He aquí a vuestro yerno, el hijo del rey, que por el favor del Cielo es el prometido de vuestra hija. Buena Paulina, condúcenos fuera, a un lugar donde a satisfacción podamos interrogarnos y respodernos el uno al otro sobre nuestras aventuras durante este largo espacio de tiempo que ha transcurrido desde nuestra separación. Guíanos pronto. (Salen.)

LA TEMPESTAD



SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS